
BOLSILIBROS
BRUGUERA
Selección TERROR
EL FINAL
DEL LABERINTO
Clark
Carrados


SELECCION
TERROR

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

CLARK CARRADOS

EL FINAL DEL LABERINTO

Colección SELECCIÓN TERROR n.º 511
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02506-4
Depósito legal: B. 35.088 - 1982

Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: en España: diciembre, 1982
2ª edición en América: junio, 1983

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1982

CAPITULO PRIMERO

No conocía a los dos hombres que le atacaron, ni los había visto en todos los días de su vida, ni tampoco pudo distinguir sus facciones. Lo único que pudo averiguar fue que eran altos y muy robustos y que todo intento de resistencia, aunque no hubiera perdido el sentido, habría resultado inútil.

Los dos sujetos se le echaron encima, cuando regresaba a su casa ya entrada la noche y precisamente en un lugar solitario. Kirby Heldon oyó pasos rápidos en sus inmediaciones, presintió un peligro inminente y, si primero quiso hacerle frente, luego pensó que lo mejor sería escapar. Pero ya era tarde.

Forcejeó breves instantes. Quizá, con un poco de suerte, podía haber tenido éxito. A fin de cuentas, ni era manco ni tampoco un alfeñique. Pero un directo al plexo solar le dejó sin respiración. Abrió la boca en busca de aire y, de repente, sintió en pleno rostro un chorro de vapor.

Era un olor dulzón, no desagradable. Heldon intentó contener la respiración, pero ya perdía las fuerzas. Una segunda descarga de gas acabó con su resistencia.

Luego ya todo fueron brumas en su mente. Durmió un tiempo que no pudo precisar, y despertó, aturdido y mareado, pero casi inmediatamente volvieron a narcotizarle. Luego permaneció un rato larguísimo sumido en una especie de semiinconsciencia. Veía todo borroso y oía ruidos muy lejanos, que no podía identificar totalmente. Una vez le pareció percibir el sincrónico ruido de los motores de un avión. Aunque con cierto esfuerzo, pensó que se hallaba a bordo de una aeronave, pero su conciencia era mínima y no habría podido asegurarlo.

Cuando despertó, al fin, sintió una terrible sequedad en la boca, acompañado de un horrible mal gusto. Vagamente se dio cuenta de que estaba en una habitación, sobre una cama, en la que reinaba una suave penumbra que no hería las retinas. Al cabo de unos momentos, hizo un esfuerzo y consiguió ponerse en pie.

La habitación estaba decorada espartanamente: la cama, una mesa y una silla. Arriba, cerca del techo, había una abertura de forma alargada, unos sesenta centímetros por quince escasamente. Por allí entraba la luz, aunque no los sonidos, ya que en torno suyo reinaba un absoluto silencio.

Cuando se sintió un poco mejor, abandonó la cama y buscó más detalles. A tres pasos vio una puerta abierta, que daba a un lavabo. Tambaleándose, fue hacia allí y vio un aseo, sin bañera, sólo con una placa en el suelo, para recoger el agua de la ducha. Un lavabo y un

inodoro, constituían el resto de la decoración, aparte del armario, en el que encontró unas aspirinas, un vaso v una maquinilla eléctrica de afeitar, junto con un pequeño frasco de agua de colonia.

Bebió agua ansiosamente. Con un par de aspirinas, se sintió un poco mejor. Un poco de agua en la cara contribuyó a hacerle reaccionar.

Ya tenía la mente despejada y se preguntó dónde estaba. Recordó el ataque de que había sido objeto.

—No lo entiendo —murmuró—. Si esto es un secuestro y van a pedir rescate por mí, han perdido el tiempo miserablemente.

Salió del baño. Las paredes de la estancia eran de cemento, absolutamente liso, sin pintar. Había una puerta y la examinó con gran atención. Era de metal, sin cerradura interior, también lisa. Sin embargo, en el centro, un poco a lo alto, divisó cuatro ranuras que formaban un paralelogramo que medía unos cincuenta centímetros de largo por cuarenta de alto.

De repente, oyó una voz de tonos extraños, que parecía salir de una garganta no humana:

—Señor Heldon, en primer lugar, dispénsenos por el trato que le hemos dado. Sabemos que le hemos causado ciertos daños, aunque siempre intentamos reducirlos al mínimo. Más adelante, tendrá la explicación de nuestra actitud, pero por el momento debe saber que ha de permanecer en su habitación durante un determinado espacio de tiempo, en el que, naturalmente, serán atendidas sus necesidades más perentorias. A las horas de las comidas, que le serán anunciadas por medio del tañido de una campana, deberá acercarse a la puerta y recoger la bandeja que le entregarán. No haga preguntas, no le serán contestadas. Con la primera bandeja, recibirá un taco de cuartillas y una pluma. Escriba lo que necesite y se-lo concederemos, dentro de unos límites razonables. Esa petición deberá ser colocada en la bandeja, que será retirada cuando le lleven la siguiente comida. Por el momento, eso es todo, muchas gracias.

La voz se calló. Heldon miró a todas partes. Sin duda, le habían hablado a través de un altavoz, muy bien disimulado. Se preguntó dónde podría hallarse el hombre que le había dado tan singulares instrucciones.

¿Por qué habían tenido que secuestrarle? ¿Qué pretendían hacer con él?

Contempló con amargura sus ropas ya raídas por algunos puntos. No se podía decir que fuese un triunfador en la vida, sino más bien todo lo contrario. Quizá, si no le hubieran secuestrado, podía haber conseguido algo positivo. No legalmente, claro, pero ¿acaso había sido ético lo que le habían hecho?

Dejó de pensar en ello, para concentrarse en la idea de una posible

fuga. No sabía dónde se hallaba, pero si conseguía salir al exterior, acabaría por orientarse.

Tanteó los bolsillos. Le habían dejado todo, incluido la navajita que solía usar para afilar los lápices. Y, sonrió, otra cosa que guardaba en el forro del cinturón de cuero, y que había escondido allí, para evitar un posible registro por parte de los vigilantes del lugar al que pensaba dirigirse cuando fue atacado.

Heldon pensó que sus raptores se habían preocupado solamente de saber si llevaba o no pistola. Una vez seguros de que no estaba armado, no se habrían molestado en practicar un registro más intenso. A fin de cuentas, la navajita no constituía peligro alguno para nadie.

Pasado un buen rato, oyó el tañido de la campana y se acercó a la puerta.

El hueco se abrió poco después. Unas manos le pasaron una bandeja bien provista. Heldon intentó mirar, pero sólo distinguió oscuridad. Al otro lado, calculó, debía de haber una antecámara, cuya puerta estaría cerrada y, sin duda, vigilada. La fuga parecía imposible, pero todo era cuestión de paciencia y de ir adquiriendo pequeños detalles, con los cuales, al final, compondría la información necesaria para intentar la fuga con éxito.

«Paciencia, Kirby, y no pierdas los nervios», se aconsejó a sí mismo.

Cuando sonó el próximo tañido, se acercó al hueco con la bandeja en las manos. Había escrito una nota, bien visible:

DESEO LARGARME DE AQUI

Treinta minutos más tarde, recibió la respuesta de la voz desconocida.

—Petición denegada por imposible.

—Ya lo veremos algún día —mascculló Heldon.

*

Los días transcurrían lentamente. Para no enmohecerse y también para combatir el aburrimiento, Heldon se dedicó a realizar toda suerte de ejercicios físicos. Hubo un tiempo en que acudía regularmente a un gimnasio y se encontraba en una forma excelente. Procuró recordar los ejercicios que había hecho y se impuso a sí mismo la obligación de hacer unas cuantas horas diarias de gimnasia.

La comida era excelente y no había síntomas de tacañería. Ello le proporcionaba las energías suficientes para sus ejercicios. Le habría gustado caminar, pero el espacio era muy pequeño y no le agradaba

la idea de contar seis pasos en un sentido y otros tantos en sentido inverso. En lugar de ello, decidió hacer marcha atlética, sin moverse del sitio, levantando las piernas alternativamente, como si se moviera a paso ligero. Al cuarto día, después de varias sesiones, alguna de las cuales había durado más de una hora, empezó a sentirse mucho mejor.

Hacía también «sombra» como si se entrenase para sostener un combate de boxeo. Recordó la tabla de ejercicios de gimnasia y la desarrolló por completo. A la semana siguiente, su situación física había cambiado notablemente.

Entonces se dio cuenta de que le faltaba algo. Escribió la petición:

NECESITO ROPA LIMPIA LA QUE LLEVO PUESTA ESTA HECHA UN ASCO

A la noche le entregaron un equipo completo, con un par de mudas de ropa interior. Entregó la sucia a la mañana siguiente y formuló otra petición:

DESEO UNAS ZAPATILLAS DE DEPORTE

Le entregaron las zapatillas. Heldon se dijo que de nada le serviría sumirse en el abatimiento, resignándose a una suerte que no podía conocer aún. El ejercicio físico le proporcionaba una vitalidad, que le hacía ver su futuro con cierto optimismo.

Por medio de su reloj de pulsera, contaba el tiempo de encierro. También procuraba estudiar a los sujetos que le servían la comida.

Nunca había conseguido verles la cara. Iban vestidos con una especie de mono de color oscuro y llevaban las manos enguantadas. Jamás hablaban.

En un par de ocasiones, les había dicho unas cuantas frases realmente cáusticas, incluso ofensivas. Nunca se habían dado por aludidos ni se enojaban por los improperios que les dirigía.

Cuando llevaba tres semanas, se dio cuenta de un detalle importante.

Al sonar la campana, se le anunciaba la comida y el ventanuco tardaba un minuto en abrirse. La bandeja quedaba inmediatamente situada junto a la abertura. En el mismo instante, se cerraba la puerta de la antecámara.

Estuvo pensándolo detenidamente durante tres días. Al fin, se decidió a actuar.

Tendría que hacerlo con enorme rapidez, a fin de que el otro no tuviera tiempo de reaccionar. Esperó pues, la siguiente campanada y se situó junto a la abertura.

El hueco se abrió y le entregaron la bandeja.

—Voy a darle los cacharros sucios —dijo.

Fue a la mesa, dejó la bandeja y cogió la otra. Acercándose al hueco, la puso en las manos del guardián. Este cogió la bandeja a su vez y entonces Heldon, actuando fulgurantemente, apresó las dos manos del individuo.

Instantáneamente, tiró hacia sí con todas sus fuerzas. Se oyó un gruñido de dolor.

El rostro del hombre había golpeado la puerta, por el lado opuesto. Heldon volvió a repetir la operación, empleando sus fuerzas.

Percibió un suspiro. Luego notó que el vigilante empezaba a caer.

Inmediatamente, metió los hombros por la abertura, alargó las manos, tocó el suelo y luego terminó de pasar todo el cuerpo. Registró al caído. No llevaba armas de ninguna clase, lo que le hizo lanzar una exclamación de enojo.

La luz que entraba por el hueco que estaba abierto le permitió ver un cubículo de unos dos metros de lado. La otra puerta estaba en ángulo recto con la de su celda. Tras unos segundos de reflexión, decidió esperar.

Medio minuto más tarde, otro guardián abrió la puerta. El puño de Heldon se disparó con potencia incontenible. El hombre, sorprendido, no pudo hacer nada y cayó fulminado.

Heldon apreció de una ojeada que tampoco tenía armas y saltó por encima de él. Divisó un largo corredor, débilmente iluminado, con varias puertas, que supuso daban a otras tantas celdas, y se lanzó hacia adelante a toda velocidad.

El corredor doblaba al final en ángulo recto. Había una puerta abierta y vio luz solar. Instantes después, se hallaba al aire libre.

Durante un breve instante, divisó una masa verde de vegetación y, a su izquierda el resplandeciente azul del mar. A sus espaldas había un edificio de dos pisos, del que no captó detalles,

Si había mar, en alguna parte encontraría una embarcación, se dijo, mientras arrancaba de nuevo.

Diez pasos más adelante, oyó el tableteo de una ametralladora. Delante de él, se elevó una densa cortina de chorros de tierra y polvo y se detuvo instantáneamente.

La ametralladora vomitó una segunda ráfaga, ahora mucho más cerca. Heldon retrocedió unos pasos y caminó hacia la izquierda.

Otra ametralladora le cerró el paso. Cuando quiso huir en dirección opuesta, una tercera máquina emitió su omiso tableteo.

Luego, las ametralladoras, funcionando a ritmo muy vivo, le hicieron retroceder inexorablemente hacia la casa. Cuando estuvo junto a la puerta, se detuvo el estruendo y sonó una voz:

—Muy interesante por su parte, señor Heldon, pero, como puede

apreciar, no le ha servido de nada. Vuelva a su celda y no intente fugarse de nuevo, porque quizá en la próxima ocasión no seremos tan indulgentes con usted.

—Pero ¿qué diablos quieren de mí? ¿Por qué me retienen aquí contra mi voluntad? —gritó Heldon, exasperado.

—Calma, todo llegará a su tiempo. Las explicaciones, por ahora, son prematuras.

—A pesar de todo, volveré a escaparme en cuanto pueda. Todo preso tiene el deber de intentar la fuga, ¿no le parece?

—Y sus guardianes tienen la obligación de impedirlo por todos los medios —contestó la voz, con un indudable tono sarcástico.

En aquel instante, Heldon divisó un pequeño grupo, compuesto por tres personas, dos hombres y una mujer.

Había allí una amplia explanada y el trío se hallaba en el borde. Ella era una joven, que parecía bastante bonita, de largos cabellos negros y rostro muy pálido. No parecía encontrarse muy bien y los dos hombres que la acompañaban la sostenían por los brazos.

«Narcotizada, como yo», pensó Heldon.

Otro huésped que llegaba a aquella misteriosa cárcel, en donde un sujeto caprichoso les había encerrado, sin que supieran los motivos ni sus propósitos para el futuro.

Resignado, volvió a su celda.

CAPITULO II

Dos semanas más tarde, cuando, a pesar de todos los esfuerzos, empezaba a pensar que podía volverse loco, se abrió la puerta bruscamente y dos hombres, vestidos con un sobrio uniforme, aparecieron en el umbral.

—Venga con nosotros —dijo uno de ellos.

Estaban armados con sendas pistolas. Heldon asintió y echó a andar.

Los uniformes tenían un vago aire militar. En realidad, era más bien que vestían un atuendo idéntico: camisa, con hombreras y bolsillos, de color crema, corbata negra y pantalones de color marrón. No llevaban insignias de ninguna clase.

Salieron al exterior, pero volvieron a entrar en la casa por una puerta muy cercana. Entonces, Heldon se encontró en una espaciosa sala, en la que ya había siete personas más: cuatro mujeres y tres hombres.

Al fondo, divisó dos guardianes armados, en actitud atenta. Dos más se hallaban situados junto a sendas ventanas. Los que le habían conducido hasta allí, quedaron a la entrada.

Heldon reconoció a la muchacha que había visto llegar el día de su evolución frustrada. Ella parecía sentirse mejor, aunque su rostro continuaba ofreciendo señales indudables de palidez. Pero los labios eran rojos y no tenían pintura, lo que le indicó una salud excelente.

Las otras mujeres era de una edad superior, pero ninguna llegaba a los cuarenta y resultaban atractivas. De los hombres, uno tenía cincuenta años al menos; otro rondaba los cuarenta y el tercero era de su edad aproximadamente, unos veintinueve.

En general, apreció Heldon, todos ofrecían un aspecto abatido, faltos de ánimo. En ninguno, hombres o mujeres, se apreciaban señales de prosperidad.

La joven del pelo negro le miró intensamente. A Heldon le pareció un rostro conocido. Pero no tuvo tiempo de preguntarse dónde podía haberla visto antes.

La voz que había oído en ocasiones anteriores sonó de nuevo:

—Señoras caballeros, ya es hora de que sepan por qué están aquí. Naturalmente, unos han permanecido más tiempo que otros, pero, al fin, están todos reunidos y van a conocer los motivos por los cuales hice traerles al lugar en que se encuentran actualmente, cuyo nombre no tengo ya por qué callar. Estamos en Silva Key y soy Holbert K. Farrington.

—¡Farrington! —exclamó alguien.

—¡El viejo canalla! —dijo una de las mujeres.

—Los insultos están tolerados —rió Farrington, desde su escondite—. No me enojaré por ello, de modo que, si quieren desahogarse, ¡adelante! Pero escuchen también, por favor.

—¿Qué demonios querrá ese asqueroso reptil? —gruñó el hombre más joven.

—Escúchenme, se lo ruego. Tengo motivos más que sobrados para sentirme rencoroso hacia todos y cada uno de ustedes —continuó Farrington—. Pero no les guardo un verdadero rencor, aunque sí quiero desquitarme un poco de las malas pasadas que me jugaron tiempo atrás y que no menciono particularmente, porque son asuntos privados y nadie debe saber lo que hizo el vecino. ¿Está claro?

—¿Puedo hablar, Farrington? —consultó Heldon.

—Sí, claro. Hable, Heldon.

—Yo no recuerdo haberle hecho nada demasiado grave.

—No lo recuerda, es cierto, pero sí me causó un enorme perjuicio en cierta ocasión. Ya le refrescaré la memoria en su momento. Ahora, por favor, dejen que continúe.

Heldon espió los rostros de los demás secuestrados. Ninguno parecía sentirse muy tranquilo. Era indudable que sentían remordimientos de conciencia, pero ¿por qué?

La única, tal vez, era la joven del pelo negro quien, de repente, había erguido el torso y se mostraba altiva y desdeñosa.

—Señor Farrington —dijo con voz clara y firme—, quiero que sepa una cosa: no me arrepiento en absoluto de lo que hice y volvería a repetirlo mil veces, si fuese preciso.

—Lo sé, miss Saws, y, en cierto modo, no se lo reprocho, pero usted debe comprender también mis razones. Pudo haber cedido fácilmente y habría recibido una excelente compensación...

—Todo el oro del mundo no habría sido suficiente para compensarme y usted lo sabe muy bien. La culpa no es mía, sino suya; si él hubiera sido otro...

—¡Basta! —cortó Farrington coléricamente—. Lo que hay entre los dos es cosa que nadie más debe saber, miss Saws. Tampoco le importa a usted lo que yo pueda tener contra los demás. ¿Entendido?

Ella hizo un gesto de desprecio y volvió a recostarse en el diván en que se hallaba sentada, cruzando las piernas. Una de las mujeres, de unos treinta años, rubia, de carnes opulentas, soltó una risita y dijo:

—Al menos, Holbert, podrías ordenar que nos sirvieran un trago. No me gusta estar en seco, ¿oyes?

—Después, cuando haya terminado de hablar —contestó Farrington, desde su invisible escondite—. Ahora, escúchenme con atención. Todos ustedes han llegado a una situación que benévolamente podríamos calificar de mala. En realidad, son unos vencidos, unos derrotados de la vida, sin perspectivas de ninguna

clase. Aunque todos me causaron perjuicios, de una forma u otra, no puedo olvidar que, en tiempos, me hicieron también ciertos favores, que no especificaré por discreción. En recuerdo de nuestras primitivas relaciones, voy a darles la oportunidad de rehacer sus vidas.

Hubo un instante de silencio. Luego, Farrington prosiguió:

—Cada uno de ustedes puede recibir cien mil dólares de recompensa, en moneda de curso legal, esto es, billetes de Banco. Pero tendrán que ganárselo, efectuando cierto recorrido por un lugar que se les indicará en el momento oportuno. Y, lógicamente, si consiguen terminar el recorrido, recibirán esa suma y la libertad, por supuesto.

—¿Una marcha a campo traviesa? —preguntó alguien.

—No; un laberinto.

Hubo una explosión de frases de asombro. Farrington aguardó a que se restableciese el silencio.

—Mañana por la mañana, a primera hora, emprenderán la travesía del laberinto, separados por intervalos de cuatro horas, según el orden ya establecido por mí. No puedo predecir el tiempo que emplearán en esa travesía; quizá solamente una hora; tal vez tarden dos días. En el momento de partir, se les entregará a cada uno una bolsa con una cantimplora de cinco litros y comida para esas cuarenta y ocho horas. Pero pongan atención, porque en el laberinto hay ciertas trampas. Y caer en una de ellas significa, no sólo volver al principio, sino la pérdida de la décima parte dé la recompensa prometida.

—¿Y si no conseguimos encontrar la salida? —preguntó la mujer de mayor edad.

—Pueden ocurrir dos cosas: volver al principio... o quedarse en el laberinto, donde moriría de hambre y sed.

—Miserable... —dijo la mujer.

—Tengo que vengarme un poco, pero también voy a recompensarles —respondió Farrington, sin alterar el tono de su voz —. Pero creo que merece la pena esforzarse un poco y abandonar Silva Key con cien mil dólares en billetes.

Heldon consultó con la vista a miss Saws. Ella hizo un encogimiento de hombros.

—Para mayor facilidad —añadió Farrington—, permitiré que vayan por parejas, según sus gustos y afinidades. Y ahora que ya conocen mis intenciones, voy a presentarles... Primero las damas, como es natural. Linda Foster, Mae Wheeler, Della Hogge... Los caballeros son Harry Perpach, Scott Tyler, Peter Wilcox y Kirby Heldon. Ahora, relájense un poco y disfruten de las bebidas que les van a servir.

Volvió el silencio. Momentos después, entró un vigilante con un carrito en el que había varias botellas, vasos y un gran cubo lleno de

hielo. Heldon tenía bastante sed, pero prefirió aguardar a que los otros se hubieran servido y le agradó que miss Saws supiese esperar también. Los otros se habían precipitado ávidamente sobre la mesita y el joven, al oír sus comentarios, pensó que graznaban como cuervos.

*

Puso whisky y hielo en dos vasos y entregó uno a la muchacha.

—Soy Kirby Heldon —sonrió—. No conozco tu nombre, pero juraría que nos hemos visto antes.

—Sí —respondió ella—. Hace cosa de un año, en el antedespacho de Farrington. Yo salía y tú entrabas. Ah, mi nombre es June.

—Encantado, June. Recuerdo que parecías muy enfadada...

Ella sonrió.

—Le volqué encima un tintero lleno.

—Tendrías motivos para hacerlo, supongo.

—Por el momento, prefiero callar, Kirby.

—No te he preguntado nada, June. A propósito, ¿has elegido pareja para la travesía del laberinto?

—No. ¿Te gustaría acompañarme?

—Lo haré con mucho gusto, si lo deseas.

June sonrió.

—Va a ser muy divertido, ¿no te parece?

—Farrington ha hablado de trampas —dijo él pensativamente—. Esto no me gusta, June.

—¿Por qué?

Heldon miró a todos lados.

—Te lo diré mañana, cuando empecemos la travesía —contestó en voz baja—. No te fíes; Farrington puede tener micrófonos ocultos.

—Lo tendré en cuenta —dijo June—. También a ti te secuestraron supongo.

El joven suspiró.

—Llevo aquí seis semanas, encerrado, sin ver a nadie, oyendo solamente a Farrington muy de vez en cuando... Aunque la verdad es que estuve a punto de conseguir escaparme..

—¿Pudiste salir de tu celda? —preguntó ella, asombrada.

—Llegué al exterior, pero me detuvieron con tres ametralladoras. Tuve que volver a mi encierro.

—Fue una lástima —dijo la muchacha—. Pero si es cierto que nos esperan cien mil dólares, al final del laberinto... ¿Tú lo crees, Kirby?

—Esperaré a llegar a la salida —respondió el joven—. De todos modos, tengo una idea que puede facilitarnos las cosas.

—Dime, por favor —rogó June.

Heldon pegó su boca a la oreja de la muchacha. Ella abrió los ojos

desmesuradamente.

—Oye, es una idea magnífica...

—Creo que es una buena solución —sonrió Heldon.

—Al menos, debemos intentarlo —convino ella.

—Será cosa de perder unas horas de sueño, pero merece la pena.

June hizo un gesto de extrañeza.

—La idea del laberinto... ¿Cómo se le ocurriría a Farrington?

—Siempre fue un tipo bastante excéntrico. Ahora ha aprovechado la ocasión de tenernos a todos reunidos, para realizar una excentricidad más. Piensa que es un rey y nosotros sus bufones, aunque a la fuerza.

—¿Lo conocías tú?

—Muy poco, pero tiene razón: me dio motivos para sentirme resentido hacia él. Y creo que si tú no le hubieras volcado el tintero encima, lo habría hecho yo. De todas formas, estoy seguro de que nadie, en su vida, le había dicho las cosas que yo le dije aquel día.

—Le calentaste las orejas, ¿eh? —rió June.

—No te lo puedes imaginar. Le dije de todo...

La voz de Farrington sonó de nuevo en aquel instante:

—¿Han decidido ya sus respectivas parejas? —preguntó.

—La señora Hogge y yo iremos juntos —declaró Perpach.

—Mi pareja será el señor Wilcox —dijo Mae Wheeler.

—Miss Saws y yo atravesaremos juntos el laberinto —expresó Heldon.

—Muy bien, en tal caso, sólo queda la pareja formada por el señor Tyler y Linda Foster. Dado que habrá cuatro horas de intervalo en las salidas, estableceré el orden de la travesía. A las siete en punto, la primera pareja, Harry Perpach y Della Hogge. Segunda pareja, a las once; Tyler y Linda. Tercera...

Heldon esperaba ser nombrado a continuación, pero se equivocó.

—Queda una pareja, Wilcox-Mae. Su hora será las tres de la tarde.

«A nosotros nos toca a las siete», pensó el joven.

—¡Te equivocas, miserable! —gritó Linda súbitamente—. No pienso secundar tus locuras por nada del mundo. Ni atada cruzaría ese maldito laberinto...

Inesperadamente, echó a correr. Sorprendidos, los vigilantes de la entrada, no tuvieron tiempo de reaccionar.

Linda salió a la explanada y continuó su enloquecida carrera. Había dado apenas una veintena de pasos, cuando, de pronto, se oyó el rugido de una ametralladora.

A través de una de las ventanas, Heldon pudo ver a Linda que se estremecía horripilantemente, a medida que las balas penetraban en su cuerpo. Dio un traspié y acabó estrellándose contra el suelo.

La sangre empezó a manar de los orificios abiertos por las balas.

En el interior de la sala, después del estruendo de los disparos se produjo un abrumador silencio.

La voz de Farrington quebró aquella siniestra quietud:

—Olvidé decirlo antes: nadie puede salir de Silver Key sin haber cruzado el laberinto. Y deben conseguirlo, porque el fracaso... ¡significa la muerte!

Heldon sintió un escalofrío. Las pocas dudas que había albergado hasta entonces se disiparon bruscamente. Farrington no era un excéntrico, sino un demente, enloquecido por el ansia de vengar ciertas ofensas.

Y lo peor de todo era que en Silva Key había tipos capaces de secundar sin un solo pestañeo las órdenes de Farrington.

CAPITULO III

Minutos antes de las siete de la tarde, se abrió la puerta de su celda y un guardián le entregó una bolsa y una cantimplora.

—Salga —indicó a continuación.

El joven obedeció. Cuando llegó a la explanada, vio que el sol era una bola roja, próxima a esconderse.

June llegó instantes después, equipada de la misma forma. Ella vestía ahora unos pantalones largos y supuso que, al igual que él, habría pedido ropas limpias. Los pantalones, pensó, le resultarían más cómodos para la infernal travesía que les aguardaba.

Dos guardianes les acompañaron hasta la entrada del laberinto. Heldon se vio ante un muro liso, de unos seis metros de altura, pintado con colores de enmascaramiento de guerra. La entrada carecía de dintel y el espacio situado entre los dos muros que formaban el corredor era de dos metros, aproximadamente.

Todas las paredes estaban pintadas de la misma forma. La lisura del cemento quedaba así atenuada por unos colores que, sin embargo, no resultaban demasiado agradables.

Miró a la muchacha. June estaba muy pálida, pero parecía resuelta. De pronto, sonó la voz de Farrington:

—Falta un minuto para las siete. Permítanles desearles buena suerte y una salida feliz del laberinto.

Heldon se volvió hacia la-casa.

—¿Puedo hacerle una pregunta, Farrington? —consultó.

—Tiene cuarenta segundos. Hable.

—¿Qué longitud tiene el laberinto?

Se oyó una risa burlona.

—Un laberinto, a fin de cuentas, es un enigma, y son ustedes dos los que deben resolver ese enigma. Adiós, amigos.

—Amigos..., un cuerno —farfulló el joven.

Agarró la mano de la muchacha y emprendió el camino.

El primer tramo recto medía unos metros y doblaba a la izquierda en ángulo recto. Una vez alcanzado el segundo, Heldon se volvió y contempló la entrada.

Los dos guardianes permanecían en el umbral, firmes, impasibles.

—Parecen los ángeles con espada de fuego, que guardan la entrada del paraíso —comentó.

—No son ángeles, son diablos —dijo ella.

El siguiente tramo estaba a unos doce metros. Cuando llegaban al recodo, Heldon se detuvo y miró a la muchacha.

—June, lo primero que debemos hacer, en todo momento, es hablar en voz baja —manifestó—. No podemos fiarnos de Farrington

para nada; quizá tenga micrófonos ocultos en alguna parte.

—Comprendo. ¿Qué más?

—¿Deshilaste la sábana, como te dije?

June sonrió.

—Debo de llevar encima algo así como un kilómetro de hilo.

—Yo tengo otro tanto y, además, algo que también puede servirnos de mucho.

Heldon metió la mano en la camisa y sacó el «bloc» de cuartillas que le habían proporcionado al día siguiente de su llegada, y que tenía prácticamente intacto.. Al ponerlo en manos de la muchacha, junto con la pluma, dijo:

—Además de largar hilo, trazaremos un plano del laberinto, anotando escrupulosamente cada tramo recorrido, cuya longitud mediremos en pasos. Estamos a punto de entrar en el tercer tramo; el primero tiene ocho pasos y el segundo catorce.

—Los has contado —sonrió ella.

—Y no dejaré de contar uno solo —respondió Heldon, a la vez que sacaba el rollo de hilo que había conseguido después de pacientes esfuerzos—. Ahora, una vez entremos en el tercer tramo, empezaré a largar hilo. Yo iré siempre delante, tanteando el terreno y contando los pasos. Tú harás las anotaciones, ¿entendido?

—Sí, Kirby.

Heldon volvió a meter la mano en la camisa y sacó cuatro trozos de metal, de unos treinta centímetros de largo, por uno de grueso. Luego extrajo del bolsillo otro pequeño rollo de hilo.

—Las varillas son parte de la estructura de la cama. Me costó un poco, pero, al fin, conseguí soltarlas. Ahora, sujetándolas una tras otra con este hilo, extraído de la funda de la almohada, tendré un bastón de un metro de largo más o menos.

—¿Para qué, Kirby? —quiso saber ella.

—Farrington habló de trampas. Conviene tantear el suelo.

—Entiendo. Es una excelente precaución —elogió June.

—Sí, sobre todo, porque, después de lo que vimos anoche, sospecho que tal vez alguna trampa no sea tan inofensiva como ha querido dar a entender.

June se estremeció.

—¿Una trampa mortal?

—No me extrañaría nada.

J une contempló a aquel hombre que aparecía tan tranquilo y que hablaba de la muerte casi con indiferencia. «¿De qué pasta estás hecho, Kirby Heldon?», pensó.

Heldon terminó momentos después de empalmar los cuatro trozos de metal. Probó la solidez de aquel improvisado bastón y sonrió satisfecho.

—Servirá —dijo—. De todas formas, no caminaremos mucho. Un par de tramos, a lo sumo.

—¿Por qué?

El señaló hacia el cielo, que ya había tomado un pronunciado tinte púrpura.

—No me gusta moverme en la oscuridad, a menos que sea absolutamente necesario, y ahora no lo es, puesto que tenemos dos días de tiempo. —Miró su reloj—. Son las siete y diecisiete minutos; tenemos cuarenta y siete horas y cuarenta y tres minutos por delante, para salir del laberinto.

—Eso está bien pensado —admitió June—. Entonces, ¿dos tramos?

—Sí, lo suficiente para alejarnos de la entrada un poco. Minutos más tarde, Heldon se detuvo en el centro de un tramo de unos treinta metros de largo.

—Aquí pasaremos la noche —decidió.

*

Estaban sentados en el suelo, con la espalda apoyada en el frío muro de cemento pintado. Comieron un poco y tomaron un par de sorbos de agua.

—Dormir no resultará cómodo, aunque podemos usar las mochilas como almohada —dijo Heldon—. Pero, en fin, serán dos noches como máximo. Tal vez con una tengamos más que suficiente.

—¿Tú crees? —preguntó June.

—El laberinto debe ser muy grande. Sin embargo, calculo que, conociendo la ruta correcta, podríamos cruzarlo en menos de media hora. Posiblemente, no tenga más de dos mil metros de longitud total, aunque con las bifurcaciones y los corredores que no van a ninguna parte, la longitud será mucho mayor.

—Alguien tendrá un plano del camino, ¿no te parece?

—Claro, Farrington, pero no nos lo va a facilitar, como puedes comprender.

—No entiendo —murmuró June—. ¿Cómo se le ocurriría a este hombre construir una obra semejante? Es un absurdo derroche de dinero... Miles de metros de muros de cemento...

Heldon tanteó la pared con los nudillos.

—Hay mucho hueco, aunque el revestimiento es lo suficientemente sólido como para resistir el ataque de unos puños o de un garrote. Con un buen pico, abriría un agujero antes de media hora.

—Sí, pero ¿de qué serviría? Estarías en otro corredor y lo único que habrías hecho es consumir energía.

—Era sólo una hipótesis. Simplemente, quería que supieses de qué

están hechos estos muros.

June elevó la cabeza a lo alto.

—Si pudiéramos trepar... Pero son seis metros y no hay el menor asidero...

—Te verían en lo alto del muro y acabarías como Linda Foster.

—¿Es posible que haya alguien capaz de matar a una persona, sólo porque no le es simpática o porque no quiere aceptar unas reglas de un juego demencial? —se estremeció la muchacha.

—Tuviste ocasión de verlo anoche —respondió Heldon—, Por lo que he podido deducir, Farrington tiene motivos de rencor contra todos nosotros y desea el desquite. Su chifladura, sin embargo, le hace ofrecernos dinero, si conseguimos atravesar el laberinto.

—Es una actitud incomprensible —calificó ella.

—Bueno, probablemente, un psiquiatra te diría que desea castigarnos por algo que le hicimos, pero que sucedió porque nosotros teníamos motivos para haberle causado algún mal. Al mismo tiempo que sacia su sed de venganza, nos ofrece el dinero por el daño que nos hizo primeramente. Es un poco complicado, pero creo que no hay otra explicación.

—Sí, pienso que es una teoría razonable, Kirby. Pero sólo hasta cierto punto, al menos, en mi caso.

—¿De veras?

June asintió.

—Aunque él sostiene todo lo contrario, yo no me considero culpable de lo ocurrido —repuso.

—¿Y... qué es lo que sostiene Farrington acerca de tu caso?

—Me culpa de la muerte de su hijo —contestó la muchacha.

Hubo un momento de silencio. Heldon se dijo que no debía pedir más detalles a June sobre un desgraciado suceso. Había tiempo más que sobrado para confidencias.

Luego, June dijo:

—¿No me haces más preguntas sobre ese asunto? Creí que te interesaría saber...

Heldon movió una mano.

—No sigas —cortó—. Más adelante, ¿comprendes?

—Sí, Kirby.

—En cuanto a mí, si bien no le causé ningún daño grave, me permití el lujo de decirle lo que nadie le había dicho hasta entonces. No quiero repetir mis palabras, porque vomité los más atroces insultos y luego le rompí los labios y le hice saltar un par de dientes de un buen puñetazo.

—Estoy segura de que tenías motivos para ello, Kirby —sonrió June.

—Sí, es cierto. Yo hice un proyecto de construcción y luego me lo

copió su yerno, un tipo al que creía mi mejor amigo y que se llevó luego la fama y el crédito. Ese amigo traidor, lo he sabido después, se pasaba el día «cepillando» a Farrington. A veces pienso incluso que fue Farrington el que le dio la idea de «birlarme» el asunto.

—Pero no tienes pruebas...

—Físicas, no, desde luego, aunque creo que Farrington tuvo que ver mucho con mi caso. Por supuesto, yo le rogué que pusiera las cosas en su sitio; su palabra habría sido suficiente para que se conociera la verdad. Pero ello habría significado el descrédito para su yerno y, de rebote, para su hija. Se negó...'

—Y entonces fue cuando le viste y le partiste la boca, como suele decirse.

—Bien partida —rió él—. Pero fue sólo una victoria pírrica, June. Después... —Heldon meneó la cabeza—. En fin, no vale pensar en eso otra vez. Ya seguiremos hablando en otro momento. Ahora nos conviene dormir; a las cinco de la mañana, ya tendremos luz para continuar el camino.

—Sí, es lo mejor —convino la muchacha—. Buenas noches, Kirby.

—Buenas noches, June.

Heldon se tendió en el suelo y apoyó la cabeza en la mochila que contenía las provisiones. Cruzó los brazos sobre el pecho y contempló las estrellas durante unos momentos.

¿Qué trampas había en aquel laberinto? ¿Dónde estaban?

El sueño le llegó muy pronto y se sumió en una confortadora inconsciencia, que le hizo olvidarse de todos sus problemas.

CAPITULO IV

Era de noche todavía cuando, de pronto, se oyó un desgarrador alarido.

June despertó sobresaltada. Heldon se sentó en el suelo inmediatamente.

—Kirby, ¿qué ha sido eso? —preguntó ella.

Heldon escuchó unos momentos. Había vuelto el silencio, pero le pareció captar los sollozos de una persona a cierta distancia.

—No lo sé —dijo al cabo—. Alguien ha recibido un susto, creo.

—Parece que está llorando... ¿No crees que debemos ir a ver si podemos ayudarle?

—No —contradijo él con voz firme—. Estamos en un terreno desconocido y todavía no tenemos luz suficiente. Hay trampas, lo dijo él mismo, y no tengo ganas de pasar un mal rato o quizás algo peor. Si me llamas egoísta, no te lo reprocharé, pero no quiero correr el menor riesgo.

—No se me ocurriría hacerte reproches, Kirby —respondió June—. Sólo hice una sugerencia, pero creo que tienes razón; es mejor permanecer aquí, en lugar seguro, hasta que tengamos luz suficiente.

Heldon consultó su reloj y se asombró de saber que habían dormido varias horas de un tirón. Eran ya las tres de la madrugada y se dijo que no podría conciliar el sueño de nuevo.

El tiempo transcurrió lentamente. Al fin, empezaron a verse en el cielo los primeros tonos violetas.

Un poco más tarde, Heldon se puso en pie.

—Aguarda un momento, June —dijo—. No te muevas de aquí para nada.

—De acuerdo.

Heldon retrocedió por el mismo camino que a la ida, siguiendo la ruta marcada por el hilo. A los pocos momentos, regresó junto a la muchacha.

—No han tocado el hilo —sonrió.

—¿Pensabas que podrían cortarlo, a fin de dejarnos sin pistas?

—Oh, tal como están las cosas, Farrington es capaz de todo. No él, claro, sino alguno de sus esbirros, provisto, como es lógico, de un plano del laberinto. Pero no ha sido así, por fortuna. ¿Estás lista?

—Sí, cuando quieras.

Reanudaron la marcha. June soltaba hilo, detrás del joven, que marchaba en primer lugar, tanteando el suelo con el bastón de metal. Cada vez que llegaba a un recodo., se detenían y anotaban los pasos recorridos, además de dibujar un gráfico de la ruta seguida hasta aquel momento.

El ritmo de marcha, naturalmente, era muy lento. De cuando en cuando, entraban en un corredor ciego o volvían al mismo, después de haber contorneado otros corredores que acababan en el que parecía seguir la ruta adecuada. June hacía las correcciones oportunas, después de haber retrocedido por los sitios que no conducían a ninguna parte.

Una hora más tarde, cuando apenas si habían ganado doscientos pasos, Heldon vio algo que le hizo detenerse bruscamente.

Delante de él, en el tramo que acababan de acometer, se abría un ancho hueco en el suelo, de forma cuadrada y de casi dos metros de anchura. No había espacio por los lados para seguir adelante.

—La primera trampa, June —anunció.

Ella se quedó quieta en el acto. Heldon se acercó al borde de la abertura, con objeto de intentar ver su profundidad y estudiar la forma de saltar al otro lado. Bruscamente, sintió un terrible frío en la espalda.

June le vio estremecerse y pensó inmediatamente en algo horrible. Al cabo de unos momentos, Heldon extendió una mano.

—No mires, por favor —rogó.

Durante unos segundos, contempló el retorcido cuerpo que yacía en el fondo de aquel pozo, ensartado en una docena de aguzadas puntas de acero, de más de cuarenta centímetros. Mae Wheeler había pisado un suelo inseguro, una trampa que cubría el hueco y, al caer, se había clavado aquellas horribles espinas de metal.

—El grito que escuchamos anoche —murmuró.

—Kirby, ¿qué hay en ese pozo? —preguntó la muchacha.

Heldon se dijo que no debía ocultarle la verdad.

—June, debes ser valiente. Mae Wheeler está abajo, muerta.

*

Durante un momento, Heldon continuó contemplando aquel horrendo espectáculo. De repente, se le ocurrió una idea.

—June, voy a descender al fondo del pozo —anunció.

—¡No lo hagas! —gritó ella, aterrada.

—¡Baja la voz! —pidió Heldon ásperamente—. Sí, voy a bajar al pozo.

—Pero si Mae está muerta, ya no podremos hacer nada por ella…

—Lo sé. Sin embargo, sí podemos hacer algo por nosotros mismos. Al menos, creo que debo intentarlo.

Había estudiado bien la situación del pozo y creía poder entrar y salir sin riesgos. Se quitó la mochila, descolgó la cantimplora y luego se sentó en el borde. La distancia hasta el suelo era de unos tres metros.

Las puntas estaban agrupadas en el centro del fondo, formando un paralelogramo de unos noventa centímetros de largo por sesenta de anchura. Eran doce, en cuatro hileras de tres puntas cada una. Por tanto, tenía un espacio mínimo de cuarenta centímetros a cada lado de aquel estremecedor paralelogramo, en sentido longitudinal. En el de la anchura, el espacio era algo mayor, unos cincuenta o sesenta centímetros.

Lentamente, se descolgó con ambas manos, estirando los brazos al máximo. Hizo cálculos; él medía algo más de un metro ochenta y si añadía otro medio metro más por la longitud de los brazos, sus pies quedaban a unos setenta u ochenta centímetros del suelo.

Antes de descolgarse, miró hacia abajo. Algunas de aquellas espinas de acero habían traspasado por completo el cuerpo de Mae y sus vértices asomaban fuera. Aflojó los dedos y puso los pies en el suelo. Cayó deficientemente y se tambaleó hacia atrás.

June chilló, espantada. Heldon manoteó para recobrar el equilibrio y lo consiguió finalmente. Entonces se dio cuenta de que la muchacha estaba asomada al borde del pozo.

—Ahora no podrás salir —gimió ella.

—Sí saldré —respondió Heldon convencido de lo que decía—. Pero lo que voy a hacer no tiene nada de agradable. Apártate, por favor.

June se retiró. Heldon se inclinó sobre el cadáver y trató de sacarlo de su sitio, cosa que consiguió después de algunos esfuerzos. Al fin, el inanimado cuerpo de Mae quedó al otro lado del punto por donde había descendido.

Entonces, se dedicó a una tarea singular: apoyando la espalda en la pared, puso un pie sobre una de las puntas, de modo que la suela presionase en toda su longitud sobre la parte plana. Inspiró fuertemente, tensó los músculos y apretó con el máximo de potencia.

Al cabo de unos segundos, se oyó un fuerte chasquido. Aquella especie de espada se había roto casi por la base. Heldon se inclinó y recogió lo que ahora era un puñal de unos treinta y cinco centímetros de largo, con los bordes tan afilados como una navaja de afeitar.

—¡June! —llamó.

La muchacha se asomó casi en el acto.

—¿Sí, Kirby?

—Ya tenemos un elemento más de ayuda —sonrió él, a la vez que arrojaba la punta hacia lo alto, en dirección al otro lado del pozo.

—Has conseguido arrancarla —dijo ella.

—No; la he roto, sencillamente. Y voy a hacer lo mismo con el resto; no tengo ganas de resbalar cuando vaya a salir y caer sobre estas malditas puntas. O cuando saltemos para pasar al otro lado; son dos metros y no es una distancia excesiva, pero nunca se sabe,

¿comprendes?

—Sí, tienes razón.

June vio cómo el joven apoyaba la planta del pie en una de las puntas y la rompía después de ejercer presión sobre ella. La siguiente, incluso, se rompió con más facilidad; ahora Heldon tenía ya más práctica y, sencillamente, dio un seco puntapié, que facilitó la tarea enormemente.

Unos minutos más tarde, había desaparecido el peligro. Heldon, por precaución, sacó fuera otra de las puntas. Luego vio algo en el suelo.

—A Mae ya no le hace falta —dijo.

La mochila con las provisiones y la cantimplora de la muerta volvieron a la superficie. Luego, Heldon tomó impulso y saltó hacia arriba, saliendo del pozo al otro lado.

—Bueno, ahora te falta pasar a ti —dijo—. Echa los equipajes y luego el ovillo de hilo. Después, tomas carrerilla y saltas; yo estaré aguardándote aquí, para evitar que sufras ningún daño.

—Está bien, Kirby.

Un minuto después, June pasaba al otro lado. Heldon la sostuvo con sus brazos y ella se esforzó por sonreír.

—No soy precisamente lo que se llama una atleta —dijo.

—Has saltado y eso es lo que importa. Bien, ahora vamos a prepararnos para la siguiente etapa y esta vez armados.

—¿Armados? —se sorprendió ella—. ¿Cómo, Kirby?

—Ya lo verás; aguarda un momento, por favor.

Revisó la mochila de Mae y encontró que estaba casi vacía. Hizo un gesto de disgusto; no había sido muy moderada aquella infeliz mujer, sabiendo que podían pasar dos días antes de abandonar aquel lugar de muerte.

La cantimplora estaba mediada y empleó parte de su contenido para limpiar las manchas de sangre que todavía quedaban en las puntas de acero. June contemplaba aquellas operaciones con mirada expectante.

—No podemos emplearlas como armas —objetó—. Nos cortaríamos la mano al empuñarlas, Kirby.

—Un poco de paciencia, por favor —rogó él.

Sentándose en el suelo, sacó un pañuelo, envolvió una de .as hojas y cortó la pernera derecha de su pantalón, a la altura de la rodilla. De este modo, obtuvo dos anchas tiras, con las que hizo sendas empuñaduras para las dos puntas, sujetándolas con tiras más delgadas del mismo tejido.

—No cabe duda —sonrió June—. En una isla desierta, desempeñarías magníficamente el papel de Robinson Crusoe.

—Como dijo aquél, la necesidad aguza el ingenio. ¿Vamos?

—Sí, cuando quieras.

Reanudaron la marcha, en las mismas condiciones. Heldon iba delante, tanteando el suelo con el bastón y contando los pasos. June le seguía, largando hilo del ovillo que llevaba en las manos y tomando luego nota de la longitud y dirección de cada tramo recorrido.

Habían caminado apenas treinta pasos cuando, de pronto, oyeron un extraño sonido.

Heldon y June se contemplaron recíprocamente, asombrados por lo que estaban escuchando.

—No me lo puedo creer —dijo ella—, ¿Quién está llorando?

—Aguarda un momento. Voy a ver...

Los gemidos llegaban desde muy cerca. Heldon dio unos cuantos pasos, dobló un recodo y divisó a un hombre situado al fondo de un tramo sin salida.

—Es Wilcox —exclamó.

*

June corrió hacia adelante al oír el nombre de la pareja de Mae. Estupefacta, vio a Wilcox sentado en el suelo, con las rodillas levantadas y las manos en la cara, sollozando convulsivamente, ajeno por completo a cuanto había a su alrededor.

Heldon se acercó al sujeto.

—Peter, ¿qué le pasa? —preguntó—. ¿Podemos ayudarle?

El otro no contestó y siguió en la misma actitud. Heldon pensó en la cantimplora que Wilcox tenía a un lado y, después de abrirla, le arrojó a la cara unos buenos chorros de agua.

La frescura del líquido pareció hacer reaccionar al sujeto.

—Íbamos juntos... Mae cayó en aquel horrible pozo... Chillaba frenéticamente y se debatía como un insecto pinchado con un alfiler...

Heldon se volvió hacia la muchacha.

—Está bajo los efectos de un terrible shock. No sé qué podremos hacer por él; necesitaría los cuidados de un buen médico, enfermeras, sedantes...

—Tendríamos que llevarlo con nosotros, pero puede que resulte una tarea superior a nuestras fuerzas —dijo ella pensativamente.

—Veré si puedo conseguir que reaccione. En todo caso, que nos siga.

Arrojó más agua a la cara de Wilcox. El hombre le miró estúpidamente.

—¿Quién es usted? —preguntó.

—Heldon. Ella es June Saws. Oiga, Peter, ¿qué pasó? ¿Cómo es que usted está aquí y Mae en el fondo del pozo? ¿Acaso ella iba delante?

—No... Yo iba delante... Pisé algo y sonó un chasquido, pero no pasó nada... Ella siguió y entonces fue cuando el suelo se hundió...

Heldon meditó unos instantes.

—Creo haber encontrado la solución, June. Probablemente, esa trampa tenía una especie de seguro. El peso de Wilcox lo desconectó; es decir, una persona podía pasar impunemente. Pero la segunda, o sea Mae, cayó en la trampa.

—Eso es horripilante. Sólo a un miserable como Farrington pudo habérsele ocurrido una idea tan sádica.

—Tiene la mente enferma de odio —dijo él—. En fin, tenemos que continuar. Vamos, Peter, levántese...

Wilcox se incorporó lentamente. June observó que sus ojos reflejaban una ausencia total de la realidad. «No sabe dónde está», pensó.

Bruscamente, Wilcox lanzó un estridente alarido, a la vez que echaba a correr.

—¡No, no quiero caer en el pozo de las espadas! —aullaba, completamente fuera de sí—. Quiero marcharme, quiero salir de este infernal lugar...

Heldon y June no pudieron hacer nada para impedir aquella inesperada escapatoria. De súbito, se oyó un fuerte chasquido.

Wilcox se tambaleó, a veinte pasos de los dos jóvenes. Horripilada, June vio aparecer en su costado izquierdo cuatro o cinco palitos emplumados, hundidos profundamente en la carne. Wilcox dio unos cuantos pasos inseguros y acabó por derrumbarse al suelo. Después de unos cuantos estremecimientos, se quedó absolutamente quieto.

El eco de los chillidos de Wilcox se apagó y sobrevino un ominoso silencio.

CAPITULO V

Muy despacio, tanteando el suelo con infinito cuidado, Heldon se acercó a Wilcox. De pronto, notó que el suelo se movía y dio un salto hacia atrás.

El suelo volvió a su posición normal. Heldon frunció el ceño al darse cuenta de que el cadáver de Wilcox se hallaba a cuatro o cinco pasos de distancia todavía.

Alargando lentamente el pie derecho, ejerció presión sobre aquel punto que había cedido y que bajó de nuevo. Entonces vio abrirse un hueco en la parea, a su izquierda y a cuatro metros del punto en el que se hallaba.

Pisó con fuerza, pero el suelo no bajó más de diez centímetros. Continuó andando y se inclinó sobre Wilcox.

—June, está muerto —dijo a poco.

Ella no dijo nada, pero se estremeció. Heldon, entonces, quiso hacer una prueba.

—Acércate un poco, por favor —rogó—. Pero detente cuando notes que el suelo cede.

—Sí, Kirby.

La muchacha obedeció. Heldon vio abrirse nuevamente el cuadrado en la pared. Sujetándolo con la mano, procuró estudiar su interior.

Había una especie de tubos, de los cuales, sin duda, habían partido aquellas flechas, impulsadas por un potente muelle. Heldon hizo unos cálculos y luego se volvió hacia la muchacha.

—Wilcox corría —dijo—. De haber caminado a paso normal, no le habría ocurrido nada.

—¿Tú crees?

—Sí. Pisó el suelo, donde está el mecanismo que dispara la trampa, pero como no cayó, porque el desnivel momentáneo es muy pequeño, siguió corriendo. El mismo se encontró con las flechas que le han causado la muerte.

—Entiendo. Sí, andando normalmente, las flechas habrían pasado por delante de él. Pero el que puso esta trampa no podía saber que su víctima pasaría corriendo por aquí.

—Tal vez era sólo una trampa de advertencia, para poner nerviosos a los que atraviesen este sector. De toaos modos, el único resultado tangible es que Wilcox está muerto.

June meneó la cabeza.

—Pobre, hombre… Debió de sufrir un terrible choque al ver morir a Mae…

—A muchos les habría sucedido lo mismo —dijo él—. Es preciso

ser fuerte para soportar sin daños psíquicos un trance semejante.

—¿Lo somos nosotros, Kirby?

—Tenemos que serlo. Estoy empeñado en sobrevivir y voy a conseguirlo, sea como sea —contestó Heldon firmemente.

Callaron durante unos momentos. Luego, Heldon movió una mano.

—Vamos a alejarnos de aquí un par de tramos. Después, nos sentaremos a descansar un rato y a tomar un bocado.

—Yo no tengo apetito —confesó June.

—Debemos reponer energías. Son las nueve de la mañana apenas y todavía nos quedan treinta y cuatro horas, por lo menos. El laberinto puede tener infinidad de tramos, pero no debe ser muy extenso en superficie total. Ya dije que, si conociésemos la ruta correcta, podríamos atravesarlo en menos de media hora.

—Y, al final, nos esperan cien mil dólares a cada uno.

Heldon arrugó la nariz.

—¡Hum! No te fíes —dijo, escéptico.

No se sentía muy optimista respecto a la recompensa anunciada, sin conseguían atravesar el laberinto. Pero fuera como fuese, si conseguía salir con vida de allí...

—Esta vez le romperé algo más que dos dientes —masculló furiosamente.

*

—No me considero culpable de la muerte de Tommy Farrington —dijo J une inesperadamente.

Heldon no dijo nada. Los que habían preparado las mochilas con las provisiones, se habían portado muy atentamente, poniéndoles incluso un par de paquetes de cigarrillos y fósforos. Ahora fumaba un pitillo, con la espalda apoyada en la pared y las piernas extendidas en el suelo.

June estaba a su lado, en una postura idéntica, con la cabeza hacia atrás y los ojos cerrados.

—Confieso en que hubo un tiempo en que creí estar enamorada de Tommy —prosiguió la muchacha al cabo de unos momentos—. Era simpático, atractivo, cortés, muy guapo... y yo llegué a pensar que mi posición social no le importaba en absoluto. A fin de cuentas, él era el hijo de un hombre inmensamente rico y yo una más de las innumerables empleadas de sus oficinas. Sí, ya sé que circulan historias sobre casos semejantes; muchas ceden a ciertos requerimientos y luego se llevan un terrible desengaño.

—Y eso es lo que te sucedió a ti —adivinó Heldon.

—Sólo en parte. Me llevé el desengaño, pero no cedí previamente.

—Ah...

—Tommy hablaba muy serio de matrimonio. A mí no me importaba su posición ni su fortuna; era, me parecía, mejor dicho, un chico estupendo y creía que podríamos ser felices. Entonces fue cuando me invitó a pasar el fin de semana en la residencia campestre. Dijo que querría presentarme a su padre y así formalizar nuestras relaciones. Y yo, tonta de mí, le creí.

Heldon se dio cuenta de la agitación que poseía a la muchacha.

—June, si no te sientes con ánimos, no sigas, por favor —aconsejó.

Ella hizo un gesto con la cabeza.

—No, tengo que decirlo de una vez, desahogarme con quien sea. ..Afín de cuentas, es posible que no salgamos con vida de aquí...

—Eres muy pesimista —sonrió él—. Alcanzaremos el final del laberinto, ya lo verás.

—Bueno, de todos modos, tengo que decirlo, Kirby. Yo tenía que recoger un par de vestidos que me había hecho para aquel fin de semana; por eso fui en mi coche. Tommy dijo que me aguardaría en la residencia y así fue, sólo que, cuando llegué, estaba absolutamente borracho. Y, además, solo.

—La clásica trampa para jóvenes incautas —dijo Heldon.

—¿La has practicado tú?

—Oh, no, pero he oído historias... En fin, sigue, no te preocupes por mí.

—En la casa, repito, no había nadie más que Tommy. Yo esperaba encontrar a su padre, un par de sirvientes al menos, pero no... Sólo él y, como digo, borracho perdido. Pero aún conservaba la conciencia suficiente para pedirme lo que me pidió. Naturalmente, me negué.

»E1 me pegó y entonces se dejó ver cómo era en realidad: bruto, egoísta, ruin... Si no hubiera estado tan bebido, podría haberme matado a golpes, pero el alcohol le restó fuerzas. Por eso pude deshacerme de su acoso y salir de la casa. Subí al coche, arranqué y él se puso a perseguirme en el suyo. En su estado, no podía conducir bien, se salió de la carretera a unos dos kilómetros y cayó por un barranco de más de cincuenta metros. El automóvil se incendió y...

—Conozco esta parte de la historia, aunque ignoraba sus antecedentes. Con sinceridad, no eres culpable en absoluto de lo ocurrido —dijo él.

—Gracias, pero su padre no pensaba de la misma forma. Es decir, no piensa como tú. Sigue creyéndome culpable de la muerte de Tommy.

—¿Por qué? Ni siquiera ibas con él en el coche. De haberlo conducido tú, podría haberte achacado impericia o imprudencia..., pero él iba en el suyo y nadie tiene la culpa de que estuviese borracho.

—Farrington sostiene la teoría de que yo debía haber calmado a Tommy, debía haber procurado serenarlo... ¿Cómo podía hacer una cosa semejante, si en cuanto aparecí por la casa se me echó encima y empezó a manosearme desvergonzadamente? Cuando se lo reproché, me dijo que estaba allí porque era el hijo del patrón y que mi obligación era complacerle. Tuve un fuerte intercambio de palabras y luego él volvió a atacarme. Le di un par de bofetadas y pareció volverse loco. Creo que si no consigo derribarlo al suelo y escapar, me habría matado allí mismo.

—Algunos padres están ciegos por sus hijos y resultan incapaces de ver sus defectos y menos todavía de corregirlos —dijo Heldon gravemente—. Pero creo, con toda sinceridad, que no debes hacerte el menor reproche por haber actuado según tu conciencia.

—Gracias, Kirby. Eres muy comprensivo —sonrió ella.-

—Bien, ¿qué más pasó después? ¿Por qué le arrojaste el tintero sobre la cabeza?

—Después de lo ocurrido, naturalmente, me despidieron. Lo peor de todo es que me pusieron en una especie de lista negra y me rechazaban en todas partes adónde iba a solicitar un empleo. Al cabo de unas pocas semanas, había agotado ya mis recursos y me encontraba en una crítica situación. Entonces, alguien me dijo que quería verme prostituyéndome por las calles, porque, en realidad,, no era más que una perdida. Mis nervios saltaron...

—Y le volcaste el tintero encima —sonrió Heldon—. Aquel día Farrington, evidentemente, había salido de casa con el pie izquierdo. Tú le embadurnaste con la tinta y yo le partí la boca.

—Sí, pero eso no arregló mi situación económica ni, supongo, tampoco la tuya.

—Bueno, últimamente conducía un camión de transporte. Tengo un buen amigo, que posee una pequeña flota, y me dio el empleo. No era lo que había soñado al terminar la carrera, pero, al menos, llenaba el estómago y tenía un techo sobre mi cabeza.

—Yo conseguí un empleo en una tienda de animales. El dueño es un tacaño y me pagaba un sueldo miserable, pero, como tú dices bien, podía comer y dormir bajo techado.

Heldon consultó su reloj.

—Van a dar las diez —dijo—. Será mejor que caminemos otro rato, June.

Se puso en pie y tendió una mano a la muchacha.

—En el próximo alto, dentro de una hora, estudiaremos el trayecto recorrido. Sigues anotándolo con toda puntualidad, supongo.

—No dejo pasar por alto el menor detalle, Kirby —aseguró ella.

*

La marcha era muy lenta. Aparte de contar los pasos de cada tramo y retroceder al buen camino en más de una ocasión, Heldon tanteaba el terreno minuciosamente, examinando con ojos críticos el menor detalle sospechoso. Se preguntó en cierta ocasión si los otros habrían conseguido salir ya del laberinto.

—Kirby —dijo ella de pronto.

—¿June?

—Me gustaría saber una cosa. ¿Conocías a los otros?

—No, nunca los había visto hasta ahora —respondió.

—Parece ser que Farrington también tiene motivos contra ellos, ¿no te parece?

—Ese tipo está resentido con el gobierno de Estados Unidos y con el de la Unión Soviética; con el de Gran Bretaña y Francia, con el de Luxemburgo y el de la India… Está resentido contra todo el mundo, porque no puede ser el hombre que mande en el planeta, ¿comprendes?

—A esa actitud, ¿no se le llama megalomanía?

—Hay muchas otras palabras para definir a Farrington y todas figuran en el diccionario de insultos —contestó Heldon jovialmente.

—Sí, es un tipo que agotaría los improperios en todos los idiomas —admitió la muchacha—. Silva Key es suya, supongo.

—Hace tiempo que posee esta isla. Pertenece a los cayos de Florida, pero está lo suficientemente alejada de la costa para que nadie meta las narices en lo que pasa aquí.

—El laberinto, ¿no se verá desde el aire? —preguntó June.

—Sí, posiblemente, pero como está enmascarado con pinturas de guerra, pensarán que se trata de una zona decorativa del cayo.

—Setos, claro.

—Exacto.

—Lo que se llama un bonito *camouflage*, ¿verdad?

—Nada más cierto, J une.

—De todas formas, este laberinto ha tenido que costar muchísimo dinero. ¿Fue capaz Farrington de gastarse cientos de miles en una venganza tan… tan estrambótica?

—Las pruebas están a la vista —respondió Heldon.

De repente, al tantear el suelo con el bastón, observó un ligero hundimiento en el pavimento.

—Quieta; June —dijo a media voz—. Tenemos una trampa delante de nosotros.

La joven se inmovilizó en el acto, con los nervios en tensión. Miró a Heldon y lo vio parado delante de ella, a un par de pasos, quieto y también y con evidente expresión de preocupación.

Repentinamente, cuando menos lo esperaban, se oyó una

espantosa detonación.

June se alarmó.

—Kirby, ¿qué ha sido eso? —preguntó.

A lo lejos se oyeron aleteos y graznidos de pájaros, asustados por el ruido.

—Alguien ha disparado un arma de fuego —contestó el joven.

CAPITULO VI

Harry Perpach golpeó la pared con furia.

—Maldita sea... No conseguiremos salir nunca de este maldito laberinto —exclamó.

Della Hogge se sentía irritada, más que decepcionada.

—Dijiste que conseguirías encontrar la salida, pero no hacemos más que entrar y salir en callejones ciegos. Hablas mucho, pero no haces nada, Harry. Como sucedió cuando dijiste que te ibas a cargar a Farrington.

—Y lo habría hecho, si no hubiera sido por aquel maldito entrometido...

—Tú qué vas a hacer —dijo ella, despectiva—. Excusas, sólo excusasˆ Harry. La realidad es que sólo de pensar en el nombre de Farrington, te entran sudores fríos.

—Bueno, dejemos esto —contestó Perpach ásperamente—. No pude cargarme a Farrington, pero eso no significa que un día se presente la ocasión y le meta cuatro balas en su asquerosa barriga.

—Antes tienes que salir de aquí, y si lo consigues, tendrás cien mil dólares y te olvidarás de tu venganza. Bueno, por este camino no se va a ninguna parte, así que media vuelta y a buscar otra ruta.

Della giró en redondo y echó a andar. De repente, vio algo que le hizo abrir los ojos desmesuradamente.

—¡Harry, ven, mira! —gritó.

Perpach corrió hacia allí. Estupefacto, vio en el muro unos huecos, de forma semicircular, de unos quince centímetros de anchura. El primero se hallaba a medio metro del suelo y los otros continuaban hasta el borde del muro, a intervalos de unos treinta centímetros.

—Esto es una escalera —dijo, muy excitado—. Si subimos hasta el borde, podremos ver el laberinto en toda su extensión y encontrar así la salida.

—No está mal pensado —sonrió Della—, ¿Empezamos ya?

Perpach movió una mano galantemente.

—Las damas, primero —dijo.

—Gracias, eres un amor —rió ella.

Della puso el pie en el primer peldaño y alargó las manos. Perpach la contempló críticamente.

—Debieras haberte puesto una falda más amplia —objetó—. Esa está demasiado ajustada a tu..., a tu...

—A mi trasero, ¿verdad? —contestó ella de buen humor—. Pero, según dicen, tiene un aspecto estupendo.

—Voy a comprobarlo —dijo el hombre.

Della había subido ya tres peldaños y Perpach apoyó las manos en

sus rotundas caderas. Della soltó una risita.

—Cómo te aprovechas de la ocasión, bandido —dijo.

—No sería la primera vez, tú —contestó él riendo—. Vamos, arrib…

Perpach no pudo seguir. Un tremendo estampido se lo impidió.

Della no tuvo tiempo de gritar siquiera. La descarga producida a diez centímetros escasos de su pecho, la lanzó por los aires, hacia atrás. Dio una voltereta completa y se estrelló contra el suelo, con un ruido horripilante.

Perpach se pegó a la pared, espantado por lo sucedido. La mujer yacía en el suelo, en una postura increíble, con los ojos muy abiertos y el pecho completamente destrozado por los dos cartuchos de postas.

Sólo entonces comprendió que los escalones abiertos en el muro eran una trampa. De la boca de Della brotaban hilos de sangre y sintió náuseas.

Durante un momento, tembló como un azogado. Hizo un esfuerzo, abrió la cantimplora y tomó un sorbo de agua, maldiciendo interiormente a los que habían preparado los víveres, por no haber incluido un frasquito con licor.

Pasados unos minutos, se sintió algo mejor. De pronto, se volvió y miró hacia arriba.

Los peldaños en hueco continuaban a la vista. Entornó los ojos.

—La trampa ya ha sido disparada. Por tanto, no puede haber otra —dedujo.

Súbitamente, alargó las manos y empezó a trepar con gran rapidez, buscando la salida de aquel callejón ciego. Cuando ponía la mano en el último peldaño, notó un leve dolor en el pecho.

Mientras caía, desde casi cinco metros de altura, en una infinitesimal fracción de segundo, tuvo tiempo de pensar que no había oído la segunda descarga, que aquellos escalones, en realidad, eran una trampa doble y que el ligero dolor que sentía en el pecho era, en realidad, el anuncio de una muerte inminente. Pero cuando chocó de espaldas contra el suelo, junto a Della, ya no sentía nada.

Antes de que terminara su caída, el muro recobró su aspecto habitual.

*

La segunda detonación llegó a sus oídos antes de que hubieran tenido tiempo de hacer deducciones.

—Otro disparo —dijo ella.

—De escopeta —puntualizó Heldon.

—¿Sabes…?

—Algunas veces he ido a cazar. Hace años que no disparo una

escopeta, pero en una ocasión salí a cazar ciervos con un amigo. El disparo de rifle suena de forma muy distinta.

—Dos disparos de escopeta significan dos trampas, Kirby.

—Sí, seguramente. Pero primero debemos pensar en la trampa que nos cierra el camino. Dame tu mochila y la cantimplora y retírate unos pasos, por favor.

June obedeció. Heldon unió las mochilas y las cantimploras, para formar un solo bulto.

—No es demasiado pesado —murmuró, después de sostenerlo unos momentos con las dos manos—. Pero el efecto de inercia... Espera, June. ¿Te atreverías a subir sobre mis hombros?

—¿Para qué? —se extrañó la muchacha.

—Los bultos ejercerán mayor presión si caen desde mayor altura. Anímate, vamos a ver si conseguimos hacer de equilibristas de circo.

—¿Hay algún santo al que se encomiendan los artistas de circo? —sonrió la muchacha.

—Probablemente, sí. Encomiéndate a él, aunque no sepas quién es. Los santos no dejan de oírnos, aunque no les invoquemos por su nombre.

Heldon se acuclilló y ella puso primero un pie en el hombro derecho y luego el otro en el izquierdo. Todavía agachado, Heldon le entregó el bulto.

—Voy a incorporarme —anunció—. Te sujetaré por la parte más alta a que lleguen mis manos en tus piernas. Tú no te muevas para nada; no respires siquiera, ¿entendido?

—Adelante, Kirby —dijo la joven valerosamente, mientras sostenía el paquete contra su pecho.

Poco a poco, Heldon empezó a incorporarse. Al cabo de unos momentos había conseguido situarse en posición erguida.

—Ahora, June, muy despacio, levanta el bulto sobre tu cabeza. Cuando yo te diga, lo lanzas a un par de metros sobre nosotros. ¿Has comprendido?

—Sí, Kirby.

Heldon tenía sus manos en las piernas de la muchacha, un poco por encima de la rodilla y apretó con fuerza, para asegurar el equilibrio. A los pocos instantes, June anunció que estaba lista.

—Bueno, ya puedes lanzar —dijo él.

La muchacha arrojó el paquete al lugar indicado. El suelo, por efectos del impacto, cedió unos centímetros, menos de diez, y continuó en la misma situación.

—Voy a bajarte, June. No te muevas.

Instantes después, June ponía los pies en el suelo.

—No ha sucedido nada, Kirby —se extrañó.

El joven también sentía cierta extrañeza.

—No debemos confiarnos —dijo—. Espera unos momentos.

Acercándose cautelosamente a la trampa, alargó el bastón y empujó el bulto, haciéndole rodar fuera del rectángulo en que estaba apoyado. En el mismo momento, se oyó un siniestro chasquido.

A veinte pasos de distancia, un trozo de pared se abrió y algo asomó por el hueco, girando velozmente en sentido horizontal. Heldon y la muchacha contemplaron estupefactos aquella hoja de acero, plana y afilada, de trazado curvo, tan semejante a una hoz gigantesca.

O parecida a una guadaña también, pensó el joven.

La hoja de acero se desplegó casi en el acto y la pared recobró su aspecto normal. El suelo estaba otra vez liso.

—Kirby, ¿has visto? —preguntó ella espantada.

Heldon se pasó instintivamente una mano por la garganta.

—Era una trampa retardada —dijo—. Antes de que funcionara había transcurrido el tiempo aproximado que emplearía una persona en recorrer ese trecho; contando, incluso, unos segundos de detención, caso de que recelase de un suelo que cedía, como nos ha sucedido a nosotros.

—No se puede decir que Farrington carezca de imaginación — contestó June con amargo sarcasmo—. ¿Cuál será la próxima trampa? ¿Una caldera de alquitrán hirviendo? ¿Una ducha de ácido sulfúrico?

—Para ti, a lo mejor, un gorila enamoradizo —rió Heldon—. Vamos, preciosa.

Pasaron al otro lado y él recogió los bultos. En el mismo instante, la guadaña surgió de nuevo y trazó su siniestro arco en el aire.

—Cuidado —gritó ella, alarmada—. La trampa vuelve a funcionar.

—Esperaremos unos minutos —decidió Heldon—. Luego pasaremos arrastrándonos. La hoja actúa a la altura del cuello de una persona, pero nunca están de más las precauciones.

—Todas las personas no tienen la misma estatura, Kirby —alegó ella.

—La guadaña tiene la suficiente potencia como para cortar en dos a la víctima. No hay salvación si te alcanza, June.

La muchacha asintió. Más tarde, cuando pasaron, dijo que se sentía exhausta.

—Necesito descansar unos momentos —manifestó—. No hemos andado demasiado lejos, pero las piernas se niegan a sostenerme. Compréndelo, Kirby.

—No te preocupes. Descansaremos todo lo que necesites —accedió Heldon.

June se sentó en el suelo.

—Me gustaría saber quién disparó esos dos tiros —dijo.

—No tardaremos mucho en despejar esa incógnita —respondió él.

*

Con rostros horrorizados, contemplaron los cuerpos que yacían retorcidos en el suelo, sobre charcos de su propia sangre. June se mareó y Heldon tuvo que atenderla unos momentos. Luego la situó al otro lado de un recodo y la hizo sentarse en el suelo.

—Quédate aquí y no te muevas para nada —dijo.

Ella no contestó, limitándose a dar su aquiescencia con un leve pestañeo. Heldon volvió al tramo donde yacían los cadáveres de Della y Perpach.

Dominando sus aprensiones, trató de adivinar el origen de aquellas horribles heridas. Las ropas aparecían chamuscadas, lo que dijo que los disparos se habían hecho a muy corta distancia.

Rodeó los cadáveres con grandes precauciones. Era evidente que alguien había utilizado una escopeta de cañones aserrados. Pero ¿dónde estaba el arma?

Miró a todas partes. Retrocedió un paso maquinalmente y entonces, de repente, vio que se abrían unos huecos en el muro.

Con ojos críticos examinó aquellos huecos, que formaban una tentadora escalera. Era fácil comprender la forma en que aquellos dos infelices habían caído en la trampa.

Pero habían sido dos descargas y no estaba seguro de que alguien hubiera recargado el arma después del primer disparo. Posiblemente, había otra escopeta en el interior del muro.

—Uno de los dos, probablemente ella, subió primero y murió. Luego, Tyler, creyendo que la trampa ya no funcionaría, intentó escapar...

Era un razonamiento lógico, estimó. Pero ya había pasado demasiado tiempo y no tenía la seguridad de que alguien hubiese puesto nuevamente los cartuchos cargados en las escopetas. No debía dejarse tentar por aquellos escalones tan incitantes.

En el suelo yacían dos cantimploras de agua y decidió que no podía abandonarlas en un lugar donde su contenido no serviría para nada. Estaban mediadas y completó una llena, que se llevó sin pérdida de tiempo.

Antes de abandonar aquel siniestro tramo, se volvió.

Los escalones habían desaparecido.

El suelo activaba la trampa y la pareja muerta había llegado por el mismo camino que ellos habían seguido, aunque equivocándose al entrar en un callejón sin salida. Meneó la cabeza con aire pesimista. No, no iba a resultar fácil alcanzar el final del laberinto.

El hilo podía servirles para guiarles en un camino sin errores, pero ¿quién les garantizaba que no habría nuevas trampas en el resto del

trayecto?

—Acabaremos con los nervios deshechos —se dijo, en el momento que doblaba la esquina.

Era una frase certera. Vio a June y tembló por ella.

Los ojos de la muchacha estaban cerrados, lo mismo que las mandíbulas, tensas, con los dientes tremendamente apretados. Sus puños estaban cerrados y las piernas se agitaban con temblores espasmódicos.

Heldon adivinó que la muchacha estaba a punto de sufrir un ataque de histeria. Había un remedio para su situación. Destapó la cantimplora que había traído y, sin compasión, vertió sobre su cabeza todo su contenido.

El chorro de agua empapó los cabellos de June, corrió por su cara, cuello, pecho y hombros y el efecto de shock la hizo volver a la normalidad. Luego abrió los ojos un momento y, bruscamente, rompió a llorar.

*

El llanto la desahogaría, se dijo Heldon, y así fue, efectivamente. Unos minutos más tarde, se arrodilló junto a la muchacha y le ofreció otra de las cantimploras.

—No es más que agua, pero te sentará bien —sonrió.

June hizo un esfuerzo por sonreír.

—Algo se apoderó de mí —dijo—. Era superior a mis fuerzas y me di cuenta incluso, pero supe que no lo podría evitar. Durante unos momentos, perdí el conocimiento, aunque de una forma incompleta. Veía y oía todo, pero me parecía que me hallaba en otro mundo... Lo siento, Kirby.

—Bah, no te preocupes, y ha pasado. Además, en cierto modo, es una reacción lógica, dadas las circunstancias. Tú sabías que todo lo ocurrido-era real, pero, al mismo tiempo, tu mente se negaba a admitirlo. Fue el choque entre esos dos sentimientos contrapuestos lo que originó un momentáneo estado de... debilidad mental.

—De locura, Kirby.

—Oh, no llegó a tanto, ni mucho menos. Estás perfectamente cuerda, pero es que las cosas que nos están pasando son como para volver loco a cualquiera. De todas maneras, hemos de procurar ser fuertes, porque nuestras tribulaciones no han terminado todavía.

—¿Tendrán fin algún día? —dudó June.

—Estoy plenamente convencido de ello —respondió Heldon—. Bien, después de lo ocurrido, resulta obvio que nos conviene un poco de descanso. Nos quedaremos aquí durante un rato. Supongo que no tendrás apetito, claro.

June negó con la cabeza.

—No podría pasar bocado —admitió.

—Entonces, no comas. No hagas nada que no desees realmente. —Heldon se sentó junto a la muchacha—. ¿Quieres darme las anotaciones que has tomado sobre la ruta?

—Sí, desde luego.

Durante unos minutos, Heldon se sumió en el estudio de las notas que había tomado la muchacha durante el camino. Pasado un momento, separó una cuartilla y empezó a trazar en ella un esquema de la ruta seguida hasta el momento, procurando que las líneas tuvieran una longitud aproximada, en proporción, a las dimensiones reales.

June le observaba con atención. Cuando vio que terminaba, le hizo una pregunta:

—¿Has sacado algo en limpio? —preguntó.

Heldon no contestó. June volvió la cabeza y se dio cuenta de que parecía abstraído en profundos pensamientos. De pronto, Heldon dijo:

—Estoy muy cansado…

Y reclinó la cabeza en el muro.

Luego, con voz muy baja, sin mover apenas los labios, bisbiseó:

—June, no hagas nada, guarda silencio, compórtate con toda naturalidad. Nos están observando desde lo alto del muro.

CAPITULO VII

El corazón de la muchacha latió repentinamente con inusitada violencia, pero, siguiendo los consejos de Heldon, procuró no mostrar extrañeza.

—Yo también estoy fatigada —dijo.

Cerró los ojos. ¿Cómo había sabido Heldon que les estaban vigilando desde lo alto del muro?

Transcurrieron unos minutos. De pronto, notó la mano del joven en la suya.

—Ya se ha ido —dijo él.

June se enderezó.

—¿Dónde estaba? —inquirió.

Heldon señaló con la mano un determinado punto del muro.

—No podías verle desde aquí —objetó la muchacha.

—A él, no, pero sí a su sombra. Fíjate en que el sol está ahora casi verticalmente sobre nosotros. Su luz penetra en algunos tramos hasta el fondo, es todo lo que puedo decirte.

—Pero tenía que ser un hombre, claro.

—Sobre eso no hay duda alguna. Bien, si te sientes un poco mejor, creo que es hora de reemprender la marcha.

—Sí, cuando quieras. Kirby, dime, ¿has sacado algo en limpio del esquema que has trazado?

—Sí —contestó él, a la vez que ponía la mochila a la espalda—. Hemos recorrido unos cuatrocientos metros, aproximadamente.

—¿Nada más? —se asombró ella.

—He contado los pasos que has anotado, unos cuatrocientos cincuenta. Puesto que yo daba pasos más largos de lo normal, pero que, calculo, no llegaban al metro, he descontado un diez por ciento de la cifra total, lo que nos dan los cuatrocientos metros citados.

—Menos de medio kilómetro... y son más de las doce del mediodía.

—Bueno, todavía tenemos siete horas de luz, más las catorce o quince de mañana. El laberinto, a pesar de todo, no puede tener más de un kilómetro de longitud, en la ruta correcta.

—¿Lo crees así?

—No tengo base para afirmarlo, pero estoy plenamente convencido de que no puede ser de otra forma.

—Espero que tengas razón, Kirby. Sería horrible que nos equivocásemos y regresáramos al punto de partida. Nos espera la muerte.

—Eso no sucederá —aseguró Heldon—. Primero tenemos un hilo que nos impide desandar el camino y corregir los errores. Y, segundo,

en el improbable caso de que volviésemos al principio, no iba a dejar que nos matasen como corderos.

—Tienen armas de fuego...

Heldon se tocó la frente.

—Y yo tengo imaginación —contestó—. Naturalmente, no iba a salir a pecho descubierto. Ya idearía algo para desconcertarles..., pero, repito, no volveremos al punto de partida.

—Kirby, ¿quién podía ser el tipo que nos espiaba desde el borde del muro?

—Uno de los vigilantes, claro.

—¿Es posible que haya personas capaces de ayudar a Farrington en esta horrible empresa? —se extrañó June.

—El dinero lo puede todo, querida —dijo Heldon filosóficamente —, Bueno, prepárate para volver a anotar la ruta. ¿Lista?

—Sí, cuando quieras.

Reanudaron la marcha. Un par de tramos más allá, Heldon, al doblar una esquina, vio algo que le hizo retroceder precipitadamente.

June se asustó.

—Kirby, ¿qué ocurre?

—Baja la voz —susurró él—. Hay un tipo en lo alto del muro y quiero ver lo que está haciendo.

*

Heldon dejó en el suelo la mochila y la cantimplora y asomó la cabeza sigilosamente. El sujeto estaba a unos seis o siete pasos, con una cuerda en las manos.

Durante unos segundos, Heldon no se sintió capaz de adivinar las intenciones del vigilante, que parecía abstraído en su labor. Pero, de pronto, lo comprendió y sintió que le acometía una oleada de cólera.

El hombre tenía en la mano una cuerda de un centímetro de gruesa, proveniente de un rollo, la que dejaba caer al suelo poco a poco. Al extremo de la cuerda había una pelota de tenis, pintada de una forma muy extraña.

El color de aquella pintura era amarillo rojizo y brillaba singularmente. ¿Por qué tenía que bajar el vigilante una pelota pintada al suelo?

La pequeña esfera rozó el pavimento y luego se acercó al hilo que marcaba la ruta. Heldon adivinó sus intenciones y se dijo que no podía permitirlo.

No era pintura, era goma, a la cual se adheriría el hilo, fino y ligero. Izaría unos cuantos metros hasta arriba y, una vez tuviera el hilo en las manos, tiraría hasta borrar la ruta por completo.

Terriblemente furioso, sin pensárselo apenas, arrancó a correr

hacia aquel tramo. Cuando el vigilante se dio cuenta, era ya tarde.

Heldon dio un enorme salto y agarró la cuerda, en el momento en que la pelota, con el hilo pegado a ella, estaba a un par de palmos del suelo. Asió la cuerda con ambas manos y dio un terrible tirón.

El guardia adivinó también sus intenciones y quiso resistirse, pero había sido pillado a contrapié y la misma resistencia que trató de oponer le resultó fatal.

Heldon había tirado con todas sus fuerzas, duplicada por la ira que sentía. El hombre saltó al vacío.

Mientras caía, gritó horripilantemente. Heldon se dio cuenta de que aquella masa se le echaba encima y saltó hacia atrás.

El cráneo del guardia chocó contra el duro suelo. Se oyó un horrendo crujido. Un cuerpo humano se convulsionó varias veces y luego se inmovilizó definitivamente.

Heldon permaneció rígido durante unos segundos, tratando de recuperarse. Bajo la cabeza del vigilante, se extendía una mancha de líquido rojo.

De pronto, reaccionó y volvió junto a la muchacha. June temblaba de pánico.

—¿Qué ha pasado, Kirby?

—Tiré de la cuerda, el guardia cayó y se ha abierto la cabeza.

Ella se tapó los ojos con las manos.

—Dios mío, esto es espantoso...

Heldon agarró uno de sus brazos.

—Te aseguro que no quería hacerlo; sólo intentaba arrancarle la cuerda con la que pretendía llevarse el hilo que nos señala el camino. Pero él no quiso soltar y cayó en mala postura.

June se estremeció todavía un poco. Luego se esforzó por mostrarse serena.

—Supongo que no has tenido otro remedio que hacerlo —dijo.

—Mi intención no era matarle, créeme. Me considero inocente de su muerte, pero este suceso nos puede crear problemas.

—Diré que fue en legítima defensa...

—No hablaba de problemas con la ley, sino de los que podemos tener con los otros guardianes.

—¿Tú crees?

—Es posible. De todas formas, voy a ver si puedo hacer algo para evitarlo. June, lo siento, pero tendrás que quedarte sola un buen rato...

—No —exclamó ella, estremecida de terror—. No me dejes sola. Por malo que sea lo que pueda ver lo pasaría mucho peor quedándome sola en este horrible lugar, Kirby.

—Está bien, ven conmigo, pero procura ser valerosa.

Ella asintió. Heldon llegó junto al cadáver, se arrodilló a su lado y,

cortándole las perneras de los pantalones, hizo unas vendas con las que envolvió el cráneo roto.

El vigilante tenía una pistola en el cinto, de la que se apoderó sin el menor escrúpulo. Luego le quitó la cuerda y probó su resistencia.

—Servirá —dijo.

—¿Para escapar? —supuso ella.

—En caso necesario, sí, desde luego. —Todavía arrodillado, Heldon se volvió hacia la muchacha—. June, escúchame con atención. Fíjate bien en lo que haces, porque tenemos que desandar el camino hasta el lugar donde está el cadáver e Mae.

—Sí, Kirby, lo que digas.

—Además de anotar los pasos, has señalado también los puntos donde se encuentran las trampas.

—Con toda exactitud —aseguró June.

—Muy bien, en el peor de los casos, son menos de trescientos metros. Yo cargaré con el cadáver y tú irás detrás de mí. El hilo nos señalará el camino, pero tú habrás de estar atenta a indicarme el sitio exacto de cada trampa. ¿Has entendido?

—Haré algo más —dijo ella resueltamente—. Iré delante y tantearé el terreno con tu varilla, cuando vea que estamos próximos a una de las trampas.

Heldon la miró sonriendo.

—Eres una chica maravillosa —elogió—. ¿A cuántos miles de pretendientes negaste tu blanca mano?

—Las arenas del mar y las estrellas del firmamento tampoco se pueden contar —respondió June de buen humor.

—No se puede decir que practiques la virtud de la modestia —dijo él jovialmente—. Bien, si estás dispuesta...

—Cuando quieras, Kirby.

El inesperado viaje de regreso costó mucho menos que a la ida. Ahora ya sabían dónde estaban las trampas y pudieron esquivarlas con facilidad. Pero cuando llegaron al lugar donde debía estar el pozo de los cuchillos, vieron que el suelo aparecía completamente liso.

*

Heldon dejó el cadáver del vigilante en el suelo y se sentó, sudoroso y fatigado. June sacó un pañuelo, lo mojó y se lo pasó por la cara.

—Tengo la seguridad de que el pozo está aquí —dijo.

Heldon tardó unos momentos en contestar. Luego se enderezó un poco y miró a su alrededor.

—Quizás es que lo han tapado de nuevo —opinó—. Voy a ver...

Moviéndose a gatas, examinó el pavimento hasta que, de pronto,

divisó una fina línea recta que cruzaba el suelo casi de lado a lado.

—Ah, aquí está...

Sacó el cuchillo que había hecho con una de las puntas de la trampa y hurgó en la hendidura. Segundos después, se oyó un fuerte chasquido.

La escotilla cedió. Heldon miró al interior.

—Se han llevado el cadáver de Mae —dijo.

—Eso significa que han estado aquí —contestó June.

—No cabe la menor duda. Pero ahora...

El cadáver del vigilante fue a parar al pozo. Luego, Heldon, con su bastón, tocó repetidas veces la escotilla hasta que, de pronto, se oyó un chasquido y el suelo recobró su aspecto normal.

—Me siento muy cansado —declaró—. Seguiremos aquí un rato y luego continuaremos la marcha.

—Kirby, ¿qué sucederá cuando noten la ausencia del guardia? —preguntó June.

—Alguien vendrá a investigar... No encontrarán el cuerpo y eso les hará sentirse intrigados y, tal vez, desconcertados. En todo caso, creo que nos hemos apuntado un tanto en nuestro marcador.

—No es una victoria de la que me pueda sentir orgullosa —dijo ella tristemente—. Oh, no te lo reprocho, Kirby, pero ese hombre, a fin de cuentas, ha muerto por los caprichos de un tipo sádico. Farrington era el que debería haber caído en el pozo de los cuchillos.

—O recibir los escopetazos o las flechas o ser decapitado por la guadaña. Pero por el momento el mango de la sartén está en sus manos.

—Eso sí es verdad —reconoció June—. Kirby, ¿piensas utilizar la cuerda?

El joven tenía consigo el rollo y examinó la soga atentamente. Era de nylon, delgada, pero muy resistente.

—Tendré que idear la forma de hacer un gancho, para que agarre en el muro —dijo pensativamente.

—¿Hay longitud suficiente?

Heldon rió.

—Una veintena de metros, por lo menos —contestó.

—El muro es de cemento. Tal vez resbale el gancho, sobre todo, si tenemos en cuenta que será de construcción «casera» y no hecho en una fábrica.

Bruscamente, Heldon se volvió hacia el muro y, arrodillándose, sacó el cuchillo, con el que atacó el revestimiento sin perder tiempo. A los pocos momentos, una lasca tan grande como su mano saltó por los aires.

June vio con asombro el color blanco que había debajo de la pintura de enmascaramiento.

—Kirby, yo no entiendo mucho, pero esto no parece cemento —dijo.

Heldon tenía los ojos entrecerrados. June se dio cuenta de que meditaba profundamente.

Al cabo de unos momentos, Heldon volvió a golpear el muro con la punta del cuchillo. Más trozos del revestimiento cayeron al suelo. Un cuarto de hora más tarde, había abierto en el muro un hueco de unos treinta centímetros de diámetro.

—Ya sé cómo está construido el muro —dijo—. Una armazón de metal, de piezas «standard», que se unen por medio de tuercas, como los que se emplean en los andamios. Luego, una tela metálica y finalmente, un revestimiento de yeso. Puro decorado, en suma.

June tocó la pared con los nudillos.

—Pues parece bastante dura —observó.

—Sí, hay cinco o seis centímetros de espesor, lo que hace que el revestimiento tenga una notable consistencia. Pero no es invulnerable.

Ella metió los dedos a través del hueco y tocó la red metálica que había debajo.

—Será difícil cortar el alambre, Kirby.

—Menos de lo que te imaginas. —De pronto, Heldon se echó a reír —. June, creo que podemos prescindir del hilo —añadió.

—¿Cómo dices? —se asombró la muchacha.

Heldon enseñó los trozos de yeso que había arrancado del muro.

—Vamos a seguir el camino, llevándonos el hilo, hasta el punto donde cayó el guardia. Luego marcaremos la ruta, pintando una raya en la pared. De este modo, cuando vayan a buscarlo, primero, no encontrarán el cadáver. Segundo: verán que falta el hilo y les llenará de perplejidad. Y, tercero, todo lo que hagamos y que sea salirse del comportamiento relativamente normal que esperan en nosotros, jugará a nuestro favor. Lo has entendido, supongo.

June le miró con ojos muy brillantes.

—Kirby, ¿qué haría yo sin ti?

—June, espero que puedas hacerme esa pregunta dentro de cincuenta o sesenta años —repuso él.

Las mejillas de la chica enrojecieron.

—Sería estupendo —convino.

Heldon se puso en pie bruscamente.

—Bueno, en marcha. Volvamos al punto donde cayó el vigilante.

Mientras caminaban, ella hizo una observación:

—Kirby, ¿te das cuenta de que sólo quedamos dos supervivientes? Han muerto ya cinco...

—Queda Scott Tyler —le recordó Heldon.

—Pero no hemos sabido nada de él. Quizás ha caído en una trampa que no ha hecho ruido y a ratas horas está muerto.

—Si es así, lo lamento por él. Pero no podemos hacer nada, que no sea pensar en nosotros mismos.

Media hora más tarde, llegaron al lugar donde había caído el vigilante. Heldon frunció el ceño al ver la mancha de sangre.

—No tenemos más remedio que consumir parte de nuestras reservas de agua —dijo.

Se quitó la camisa, arrojó un poco de agua al suelo y limpió lo mejor que pudo aquella siniestra mancha.

—El suelo se secará pronto y ya no verán nada, a menos que se fijen demasiado. Pero vendrán con prisas, nerviosos… No, no creo que vean nada —dijo.

Hubo un momento de silencio. Luego, June fijó la vista en el callejón que se abría ante ellos.

—¿Seguimos, Kirby?

—Sí… —Heldon hizo una pausa y luego añadió—: En la forma acostumbrada y sin descuidar las precauciones en ningún momento.

CAPITULO VIII

Alrededor de las cinco de la tarde, volvieron a tomarse un descanso. Comieron unos bocados, bebieron unos sorbos de agua y después, Heldon se enfrascó en una tarea, que June contempló con curiosidad.

Cuando el joven hubo terminado, uno de los cuchillos sacados del fatídico pozo, había sido atado al bastón, del que, para compensar una excesiva longitud, había quitado uno de los tramos que lo componían. Heldon blandió satisfecho aquel improvisado venablo.

-Tengo una pistola, pero tal vez necesite actuar sin ruido —dijo.

—¿Sabrás usarlo, Kirby?

—Fui subcampeón de jabalina en la Universidad.

—Te gustaban los deportes, a lo que parece.

—Sí. Atletismo, carreras de vallas, saltos de altura... De todos modos, salvo en jabalina, y pienso que fue por casualidad, no destaqué mucho en los deportes. Pero me gustaba, porque así me sentía fuerte y siempre tenía los músculos a punto. Además, cuando me sentía fatigado de los estudios, corría unos cuantos kilómetros y de este modo eliminaba toxina del cerebro.

—Una singular cura de desintoxicación mental —sonrió June.

—Para mí, muy efectiva.

—Pero después, sin duda, tuviste que trabajar y abandonaste el deporte.

—Sólo un par de años. Luego acudía regularmente a un gimnasio... Los domingos me daba unas largas caminatas para mantenerme en forma: veinticinco, treinta kilómetros. No me gustaba permanecer cinco días amarrado a un tablero de dibujo.

—Pero tú eres...

—Sí, lo sé, arquitecto, aunque, como era principiante, tenía que hacer tareas inferiores en el estudio donde me habían contratado. Cuando, al fin me ofrecieron un proyecto para desarrollar, llegó Fargo Melton y me lo birló.

—Melton, supongo, es el yerno de Farrington.

—En efecto. De todas formas, a veces pienso que no fue suya la idea original de quedarse con mi proyecto.

—¿Por qué dices eso,' Kirby?

Heldon hizo una mueca.

—Tal vez me consideres un presumido —contestó—. Y nunca me ha gustado hablar mal de una mujer, pero hay veces en que uno debe desahogarse.

—Vaya —rió ella—. También has tenido líos de faldas.

—Puedo asegurarte que la culpa no fue mía —declaró el joven

gravemente—. A estas alturas, no tendría sentido mentirte, June.

—Si prefieres callar...

—Oh, ¿qué importa ya? La hija de Farrington se chifló por mí, dicho sea sin falsa modestia. Como su hermano, era muy caprichosa y no estaba acostumbrada a que le llevaran la contraria. Pero yo no tenía ganas de complicaciones, June. Bien, resumiendo, ella me tendió una trampa, por despecho, y Melton nos sorprendió. Hubo un intercambio de golpes, ella dijo después que yo había intentado propasarme y... Melton quería denunciarme, pero Hettie no tenía ganas de llegar tan lejos, a fin de evitar la publicidad. En fin, convenció a su esposo para que se desquitase de otro modo y me quedé sin un trabajo por el que había luchado sin descanso meses enteros.

—¿No le contaste esto a Farrington?

—No, ¿para qué? Lo único que le dije fue que el proyecto era mío y... Bueno, ya conoces el resto de la historia.

—Si consigues los cien mil dólares, podrás establecerte en un estudio independiente —dijo la muchacha.

Heldon blandió el venablo.

—Confío tanto en ese dinero como una vaca voladora —contestó.

—Piensas que se trata de un engaño —apuntó June.

—Pienso que lo único que me importa es salir con vida de aquí, y no hago planes para el futuro a cuenta de esos cien mil dólares. Y a ti te recomiendo lo mismo, June.

La muchacha hizo un gesto de aquiescencia.

—Sí, estoy de acuerdo contigo —respondió.

Heldon se puso en pie y examinó con gran atención el trozo de varilla de metal que había separado del bastón.

—Voy a ver si consigo doblarla, para hacer un gancho —dijo.

—Y entonces, procurarás subir a lo alto del muro.

—Sí, pero cuando sea de noche y no precisamente a primera hora.

June sonrió.

—De este modo, puedes encontrar mejor la salida —manifestó.

—Sin duda alguna.

—Pero harás trampa...

—¿Y ellos? ¿No han hecho trampa en todo momento?

—Un argumento completamente lógico —admitió la muchacha—. La única objeción que se puede formular es que te encuentres de improviso con algún vigilante. O más de uno.

—Es un riesgo que debo correr —respondió el joven sencillamente.

Empezó a hacer fuerzas, con las manos, para doblar la varilla, pero, de repente, se detuvo y volvió la cabeza en determinada dirección.

June le contempló intrigada. Al cabo de unos segundos, Heldon se

volvió hacia ella.

—Estoy oyendo voces y cada vez suenan más cerca —murmuró.

*

—Nada, no hay ni rastro de Jeff —dijo Ben Cawell.

—Eso es imposible —respondió su acompañante—. Tiene que estar por alguna parte.

—Lo siento, pero no lo encuentro. Parece como si se lo hubiese tragado la tierra.

Slim Corey hizo un gesto de desagrado.

—A Pikkus no le va a gustar —rezongó.

—Oye, yo no puedo sacarme a un tipo de la manga. Te digo que he recorrido todo el muro y no he visto el menor rastro de Jeff.

—Es imposible que se haya marchado de la isla. Tiene que estar por alguna parte...

—Slim, a mí me parece que esos chicos son más listos de lo que se piensa Pikkus. Hasta ahora, han sabido sortear todas las trampas. Es más, incluso se marcaban el camino recorrido, para evitar errores. Eso no se les ocurrió a los otros.

—Por eso están muertos —respondió Corey con indiferencia.

Avanzaron unos pasos más. De pronto, Cawell retrocedió con brusquedad.

—Los he visto —susurró.

Los dos hombres se tendieron de bruces. Luego, muy despacio, se arrastraron por el borde blanco del muro, hasta situarse casi encima de la pareja, a la que observaron en silencio durante unos minutos.

—Duermen como troncos —dijo Corey al cabo.

—Tienen que estar agotados, Slim.

—¿Agotados? Si no han cubiertos quinientos metros...

—Pero han tenido que sortear todas las trampas y eso no se consigue tan fácilmente. La tensión nerviosa, ¿comprendes?

—Sí, tiene que resultar agotador, Ben.

Súbitamente, Corey se estremeció y, después de tocar en el brazo a su compañero, le señaló algo con la mano.

—Mira —dijo en voz muy baja—, tiene una pistola en el cinto.

—Estaba desarmado cuando inició la travesía —observó Cawell no sin asombro.

—Si tiene una pistola... es que Jeff la ha perdido. Y si Jeff ha perdido el arma... tal vez ha perdido también el pellejo.

—Puede ser, pero ¿dónde diablos han escondido el cadáver?

—Eso es lo de menos ahora. Ben, vamos a ver si le quitamos la pistola.

—No podemos...

—Sí podemos. Saca la cuerda y el gancho. Tú bajarás y yo te cubriré. Está profundamente dormido y no se enterará si obras con cuidado.

Cawell asintió.

—Bueno, pero abre bien los ojos —recomendó.

Sentado en el borde del muro, desenrolló la cuerda, provista de un gancho, cuya punta fijó de un seco golpe. Corey, acuclillado sostenía su pistola con las dos manos.

June yacía de costado, cubriéndose el rostro con los brazos. Simulaba estar dormida, pero había podido oír casi todo lo que hablaban aquellos dos sujetos. Cuando supo que uno de ellos pensaba descender al fondo del callejón, se echó a temblar.

Heldon, por el contrario, procuró mantenerse sereno. Había ocultado el venablo bajo su cuerpo, pero la culata de la pistola asomaba por su costado: Cuando oyó que los vigilantes mencionaban el arma, se dio cuenta de que no la había escondido tan bien como pensaba.

Cawell puso pie en tierra. Luego, muy despacio, pisando de puntillas, se acercó paso a paso al lugar donde yacían los dos jóvenes.

Un pie se alzó repentinamente y sintió un terrible dolor en la entrepierna. Olvidado de todo, se tambaleó, con las manos en el lugar afectado por la patada que le había propinado el joven.

Corey lanzó un aullido.

—¡Quieto! No se mueva o disparo.

Heldon se puso en pie de un salto. Ya tenía el venablo en la mano y lo disparó hacia arriba con todas sus fuerzas.

La acción del joven pilló a Corey completamente desprevenido. La hoja de acero se hundió profundamente en su pecho, un poco por encima del estómago. La sorpresa le hizo olvidarse por completo de la pistola y ni siquiera supo apretar el gatillo.

Su boca se abrió en una mueca imposible, pero no emitió el menor sonido. Agarró el venablo con ambas manos y luego, de pronto, se inclinó hacia adelante y cayó, dando una vuelta completa en el aire antes de estrellarse contra el suelo.

El otro estaba momentáneamente fuera de combate. Heldon le golpeó en una sien con el puño y lo dejó sin sentido.

*

June no quiso mirar. Heldon desclavó el venablo del cadáver y limpió la hoja en las propias ropas del muerto.

—Me estoy conviniendo en un salvaje —dijo él ceñudamente—, En poco rato ha matado a dos hombres y me siento sucio, degradado... teniendo que pelear como una fiera, para salvar mi

propia vida...

Calló un momento. Luego se volvió hacia la muchacha. June le miraba con ojos inexpresivos.

—Lo siento —añadió—. No sé cómo disculparme, June.

—No tienes que disculparte-en absoluto —respondió ella con inesperada vehemencia—. Ese individuo repugnante que es Farrington nos ha puesto en una situación harto crítica, para que no nos defendamos por todos los medios a nuestro alcance.

Señaló al muerto.

—Cinco personas, cualesquiera que fuesen sus culpas, han sido asesinadas vilmente y ese individuo colaboró por dinero en esos crímenes. Si está muerto, ha sido por su propia culpa y no por la tuya, Kirby —añadió.

—A pesar de todo, no es agradable...

—Estamos vivos.

Heldon comprendió las razones de la muchacha. Reaccionando, cogió la pistola del muerto y la arrojó por encima del muro. Luego hizo lo mismo con la otra pistola.

Entonces vio la cuerda y el gancho y sonrió.

—Mira, nos han facilitado la tarea —dijo.

Sacudió la cuerda y el gancho cayó al suelo. De pronto, June lanzó un grito de aviso:

—¡Cuidado, Kirby, el vigilante empieza a despertarse!

CAPITULO IX

Ben Cawell se sentó en el suelo torpemente, con los ojos todavía vidriosos. Al cabo de unos momentos, pareció sentirse mejor y entonces divisó al hombre que estaba en pie frente a él.

—Tenemos que hablar —dijo Heldon—, ¿Cómo te llamas?

—Cawell, Ben.

—Perfectamente, Ben. ¿Sabías que tu compañero está muerto?

Cawell volvió la cabeza y se estremeció al ver el cadáver de su compañero.

—Es usted el mismísimo demonio —dijo.

—No soy tonto —sonrió el joven—. ¿Conoces el laberinto?

Cawell apretó-los labios. Heldon dio un paso adelante y apoyó la punta del cuchillo en el lado izquierdo de su cuello.

—Si empujo un poco, te degollaré —amenazó.

—Adelante —invitó, desafiador—. Máteme si quiere, pero no podré decirle algo que ignoro. Sólo conozco el camino hasta aquí y eso porque puedo orientarme, gracias a que se ve la casa desde lo alto. Pero no sé cómo llegar a la salida desde aquí abajo.

Heldon torció el gesto.

—Si se ve la casa desde lo alto, parece lógico suponer que también nos verían a nosotros, caso de que trepásemos al muro.

—Puede contar con ello —respondió Cawell—, Siempre hay un tipo en el tejado de la casa, con unos prismáticos.

—Sin embargo, no vio lo que le pasaba al hombre a quien buscabais.

—Debió de descuidarse un momento, supongo.

—Y por eso viniste tú, con el otro... Por cierto —dijo Heldon, recordando de pronto algo que había oído antes—, ¿Quién es Pikkus?

—El apellido es Jairt. Es el jefe de vigilantes.

—Y mano derecha, presumo, de Farrington.

—Sí, desde luego.

June adelantó el busto.

—¿Está Farrington en la casa?

—Sí... Es decir, supongo que sí... Al menos, eso tengo entendido. Jairt ha dado a entender que Farrington está en la isla...

—Tiene que estar o no disfrutaría de su venganza —rezongó el joven—. Y se volverá loco de placer cuando vea nuestros cadáveres.

—Procuraremos no darle ese gusto —dijo June—. Kirby, ¿qué piensas hacer con el señor Cawell?

—Ah, pero ¿crees que se le puede tratar con tanto protocolo? —exclamó Heldon sarcásticamente—. Dime, Ben, ¿no te remuerde la conciencia al pensar que han muerto cinco personas que no te habían

causado el menor daño?

Cawell se encogió de hombros.

—Pagan bien —contestó hoscamente.

—Cawell, yo debería desearle la muerte —dijo June—. Pero sería poco castigo para las canalladas que ha cometido. Me gustaría tener el poder suficiente para que viviera cien años y todas las noches tuviera pesadillas con que le hicieran ver los cuerpos de las personas a las cuales ha ayudado a matar.

—No sería mal castigo, en efecto —convino el joven—. Pero sólo es un deseo. June. Hagamos algo más práctico.

—¿Liquidar a este tipo? —dijo ella belicosamente.

—Caramba, se te ha encendido la sangre... No; lo ataremos y se quedará aquí...

Heldon no pudo continuar. Bruscamente, Cawell se puso en pie y echó a correr.

El joven, sorprendido en un principio, tardó un poco en reaccionar. Al fin, sacó la pistola y apuntó al fugitivo.

—¡Alto, Ben! Párate o disparo —gritó.

En el mismo instante, Cawell doblaba la próxima esquina y desaparecía de la vista de ambos jóvenes. Heldon maldijo en silencio y corrió en persecución del vigilante.

Alcanzó la esquina y pasó al otro lado. Entonces, a treinta pasos, un grueso cable se levantó del suelo hasta una altura de medio metro.

Cawell tropezó con el cable. Instantáneamente, empezaron a brotar deslumbrantes chispazos blanco azulados, a la vez que se escuchaban unos terribles chasquidos.

Impulsado por su propia inercia, Cawell cayó al otro lado, pero sus pies quedaron en alto, tocando aún el cable. Hubo varias descargas más y luego se expandió por el aire un repugnante hedor a carne quemada.

Heldon se quedó petrificado por el horror. June asomó la cabeza y se sintió un fuerte vértigo al contemplar aquel tremendo espectáculo.

El cable bajó de pronto y desapareció en el suelo. Cawell quedó tendido, con el rostro y las manos horriblemente rojas. Unas hediondas volutas de humo brotaban de su cuerpo.

*

Anochecía ya cuando Heldon consultó, una vez más, las anotaciones tomadas por la muchacha.

—Estoy seguro de que nos hallamos ya muy cerca del final del laberinto —dijo al cabo—. Un centenar de metros, aproximadamente, aunque puede que sea el trecho más difícil.

—¿Tú crees?

—No confíes en absoluto en que se hayan acabado las trampas. Todavía debe de quedar alguna y, créeme, nos resultará muy difícil detectarlas.

—Cawell murió por imprudente —dijo ella, todavía escalofriada al recordar la horrible escena que había presenciado.

—Si se hubiese quedado quieto… Pero oyó que iba a atarle y tal vez temió al tal Pikkus Jairt. Este debe de ser un sujeto sin conciencia y, calculo, no debe tolerar fallos en sus secuaces. De todas formas, los motivos de Cawell importan poco ahora. Nosotros, sin embargo, tenemos mejores perspectivas, a pesar de las dificultades que nos aguardan.

—A ver, habla —rogó la muchacha.

—Primero, disponemos de una cuerda con un gancho. Está anocheciendo y es un poco pronto, pero en un momento u otro, tiene que flaquear la vigilancia. Aun así, si viésemos las cosas demasiado difíciles, todavía contamos con otro recurso para salir de aquí. Pero sólo lo emplearé en un caso extremo, de absoluta necesidad.

Heldon sonrió.

—Tengo un venablo y una pistola. Ya no estamos con las manos desnudas, June.

Ella lanzó un hondo suspiro.

—Kirby, antes dije algo sobre las pesadillas que debía tener Cawell durante cien años, pero me parece que voy a ser yo la que las tenga mientras viva.

—Olvidarás, te lo aseguro —dijo él—. Bien, será mejor que nos sentemos. Conviene dejar pasar el tiempo y relajarnos hasta el máximo.

—En espera de la próxima etapa.

—Justamente.

Apoyadas las espaldas contra el muro, vieron llegar la noche, en medio de un absoluto silencio. Poco a poco, tal como Heldon había indicado, empezaron a relajarse.

La quietud era total. Una luz plateada apareció en el cielo. La luna disipó en parte las tinieblas.

Un ruido inesperado quebró de pronto el silencio de la noche.

Heldon, adormilado, despertó en el acto.

June se irguió. El ruido se repitió.

—¿Qué es eso, Kirby?

Heldon hizo un gesto con la mano, para imponer silencio. Los ruidos se repetían, pero sin ritmo alguno. A veces, transcurrían algunos segundos entre cada sonido o grupo de sonidos.

—Parece como si alguien llamase a una puerta, ¿no te parece? —dijo ella al cabo de unos momentos.

—Sí —contestó él—. Vamos a ver…

—Cuidado, Kirby —recomendó June, muy aprensiva.
Heldon agarró el venablo.
—Avanzaré a gatas —dijo.
Paso a paso, se acercaron al lugar de donde procedían los sonidos. De pronto, oyeron un par de golpes más y luego se hizo el silencio.
Heldon miró estupefacto a su alrededor.
—Los ruidos procedían de este tramo, pero no se ve a nadie —dijo.
Arrodillado en el suelo, tanteó el mismo, sin encontrar señales de hundimiento. Avanzó unos cuantos metros, siempre en la misma postura y, de pronto, notó que el venablo hacía presión en algo que cedía hacia abajo.
En el mismo instante, se abrió una compuerta lateral, de poco más de un metro de altura, por ochenta centímetros de anchura. Un cuerpo humano cayó al suelo y se quedó completamente inmóvil.
June lanzó una exclamación de asombro al reconocer a aquel hombre.
—¡Tyler!
Heldon se dio una palmada en la frente.
—Nos habíamos olvidado de él por completo —dijo.
Luego se acercó al sujeto y le puso una mano en el pecho.
—Está muerto —murmuró.

*

June se sintió extrañamente tranquila al oír aquellas palabras, pero, al mismo tiempo, concibió hacia sí misma ideas de desprecio y repulsión. «Ya no te asombra escuchar la noticia de una muerte ni te impresiona ver un cadáver más o menos. Te has acostumbrado a ver morir a la agente lo mismo que si fuesen moscas», pensó.
Y eso no podía ser bueno, se dijo, interiormente desalentada.
Heldon examinaba con gran interés el cadáver de Scott. El rostro del sujeto estaba horriblemente deformado a causa de la espantosa agonía padecida.
—¿De qué ha muerto, Kirby? —preguntó ella.
—Espera un momento, por favor —rogó el joven.
La compuerta había dejado a la vista un hueco practicado en el muro. De pronto, June divisó una luz al fondo.
—Kirby, ¿ves eso? —exclamó—. Parece como si hubiera alguna salida al fondo...
—Es una trampa —contestó él—. Un truco perfecto, que puede hacer creer en los incautos que han encontrado un camino más corto y menos peligroso.
—¿De veras?

—Sí, estoy seguro.

Heldon se asomó al hueco y encendió una cerilla. La luz, que parecía provenir de un punto situado a gran distancia, se apagó en el acto.

Al cabo de unos momentos, se volvió hacia June.

—Esta puerta no da a ninguna parte. No tiene salida; es sólo un hueco practicado en la pared, tan inútil para llegar a algún sitio como un cajón vacío.

—No comprendo —dijo la muchacha—, ¿Hay alguna clase de trampa en el interior? ¿Cuchillos, escopetas.,.?

Heldon probó, abriendo y cerrando la puerta varias veces.

—Nada, sólo el hueco —respondió al cabo.

—Entonces, ¿de qué murió el pobre Tyler?

El joven meditó unos momentos. Luego metió casi todo el cuerpo en el interior del hueco y, con otra cerilla, lo examinó atentamente, así como la parte de la escotilla que quedaba hacia adentro.

Con la mano izquierda, probó a cerrarla. Entonces vio algo en el borde de la puerta que le hizo comprender la verdad. Abrió y volvió a salir fuera.

—Ya sé qué ha pasado —dijo.

—Habla, no me tengas con los nervios de punta —rogó la muchacha.

—Tyler llegó hasta aquí. Es evidente que, más hábil que los demás o, simplemente moviéndose con más precauciones, alcanzó este punto. Al pisar el suelo, se abrió la puerta y vio la luz, que le pareció iba a permitirle llegar fuera del laberinto. Entró y la puerta se cerró y ya no pudo abrirla.

—¿Lo crees así, Kirby?

—No hay otra respuesta. Es más, te diré que Tyler llevaba aquí muchísimo rato, varias horas, seguramente. Recuerda que tenía que ir de pareja con Linda Foster y que ésta murió antes de iniciar la travesía.

—Sí, Tyler salió a las once de la mañana.

—Bien, es prácticamente seguro que avanzó con gran rapidez. Pero llegó hasta aquí, penetró en el hueco y ya no pudo salir. Murió, simplemente, por falta de aire.

June sintió que la cabeza le daba vueltas.

—¿Cuánto tiempo llevaba dando golpes para pedir socorro, sin que nadie le oyera? —murmuró, recordando los ruidos que habían oído poco antes.

—No lo sé. No hay mucho más de dos metros cúbicos en el hueco y una persona puede consumir esa cantidad de aire en un tiempo relativamente corto. Los golpes que escuchamos eran sus últimas llamadas, hechas con los escasos restos de fuerza que debían quedarle

—supuso Heldon.

—Seis —dijo June—. Seis muertes que es preciso cargar en el debe de Farrington.

—Sin contar a Jeff, cuyo apellido ignoramos, a Ben Cawell y al otro. Esas muertes también deben anotarse también en su haber.

—Pero nadie le exigirá cuentas más adelante —exclamó ella rabiosamente—. Y deberían ahorcarle, como a un peligroso criminal...

Heldon puso una mano en el hombro de la joven.

—No te excites, June. De nada serviría perder la calma. Todavía tenemos un buen trecho de camino por delante y ahora debemos pensar exclusivamente en nosotros mismos.

—Sí, tienes razón, pero permíteme al menos que diga que ahora comprendo a los que matan por venganza. No lo admito, pero lo comprendo.

Heldon sonrió.

—Si consigo salir de aquí, lo que menos haré será pensar en la venganza, te lo aseguro. Y ahora, si no tienes inconveniente, convendría pensar en un lugar más tranquilo para pasar el resto de la noche.

June se dispuso a contestar afirmativamente, pero no tuvo tiempo. A cierta distancia del lugar en que se hallaban, sonaron voces.

—Viene alguien —dijo, aterrada.

CAPITULO X

Heldon tomó una decisión en un tiempo increíblemente corto. Los guardianes que se acercaban buscaban, sin duda, a los compañeros que no habían regresado. Desde arriba les verían perfectamente y tal vez preferirían acabar con ellos a balazos, sin dejarles la opción de salvar las trampas que todavía quedaban antes de la salida del laberinto.

—Aprisa, June, mete dentro todo el equipo —ordenó, a la vez que se agachaba para agarrar el cadáver de Tyler por debajo de los sobacos—. Vamos a escondernos ahí adentro —añadió.

—¿En el hueco? Moriremos asfixiados —se espantó ella.

—Haz lo que te digo, maldita sea —dijo Heldon exasperadamente.

June ya no opuso más objeciones. Cargó con las dos mochilas y las cantimploras, y las metió en el hueco, que tenía aproximadamente un metro de lado por metro y medio de largo. La altura no pasaba del metro setenta y, pese a que llevaba zapatos de tacón bajo, su cabeza rozaba el techo de aquel cubículo.

Heldon le acercó el inanimado cuerpo de Tyler.

—Pásale los brazos por debajo de las axilas y sostenlo un poco, hasta que yo diga.

Los hombros del cadáver se apoyaron en su pecho. Dada la escasa altura del hueco, Tyler, que había sido más alto que ella, tenía que permanecer en una postura oblicua, con el cuerpo paralelo a la pared del fondo. Mientras, June pudo apreciar que el joven se entregaba a una extraña tarea.

Al cabo de unos segundos, cerró la puerta.

—No temas —dijo Heldon en la oscuridad—. Esta puerta tiene pestillos que se cierran automáticamente, pero los he bloqueado y podremos salir cuando lo deseamos.

—¿Tendremos aire suficiente? —preguntó ella aprensivamente—. Estamos tres personas...

—Dos, encanto —puntualizó el joven.

A June se le pusieron los pelos de punta. «Estoy sosteniendo un cadáver en mis brazos», pensó.

En la oscuridad, Heldon se acercó a la muchacha y tanteó con las manos.

—Afloja —siseó—. Voy a ver si lo dejo sentado. Y procura respirar lentamente.

June exhaló un hondo suspiro de alivio. Aunque no veía nada, pudo apreciar que Heldon se acercaba a aquella compuerta.

Las voces se habían acercado mucho. Heldon se preguntó si los vigilantes verían la ranura de la puerta desde lo alto del muro.

—Nada —dijo uno de ellos de pronto—, no hay el menor rastro de la pareja ni tampoco de Scott Tyler.

—Pero hemos encontrado los cadáveres de los tres compañeros —manifestó el otro vigilante—. ¿Cree que fue Heldon el que los liquidó, señor Jairt?

«El jefe y un esbirro de confianza», se dijo Heldon, que tenía el oído pegado a la puerta.

Una debilísima corriente de aire le dio en el rostro. Entonces se apercibió que la puerta no había quedado absolutamente cerrada. La ranura que quedaba, sin embargo, era muy estrecha y confió en que los vigilantes no supieran reparar en el detalle.

—Estoy seguro de que fue él, Orkny —contestó Jairt—. Parece una mosca muerta, pero es un tipo de cuidado. Aunque de todos modos, de poco le van a servir.

—¿Sí, señor Jairt?

—Orkny, me gustaría charlar un rato contigo. Te lo diré claramente: eres el único en quien confío. Siempre has hecho lo que te mandaban, sin formular preguntas, sin poner pegas ni preguntar motivos... Los otros eran más... digamos independientes. Por mi gusto, yo los habría despedido mucho antes, pero no me era posible, mi autoridad no llegaba a tanto.

—Eso era cuenta del patrón, supongo.

—Exacto. El se encargaba de contratar o despedir a la gente y a mí sólo me competía la seguridad de Silva Key y de las instalaciones. Los dos que quedan son también de la misma clase de los que han muerto. Por eso te traje conmigo, cuando me indicaron que averiguase personalmente qué les había pasado a los tres que faltan.

—Usted me halaga, señor Jairt...

—Eres un tipo discreto y callado, y ésos son los que progresan hoy día, y no los que vociferan y protestan continuamente, como hacían los estúpidos que han muerto —contestó casi rabiosamente el jefe de vigilantes—. Pero, en fin, a lo que íbamos. Orkny, tienes que prometerme fidelidad absoluta. Si sospechase tan sólo que querías traicionarme, te volaría la cabeza sin pensármelo dos veces.

—Por Dios, jefe, no diga esas cosas —respondió el otro con gran vehemencia—. Le juro que callaré como un muerto... como están ahora de callados Ben, Slim y Jeff.

—Eso es lo que quería escucharte. Mira, Orkny, el final del laberinto está ya muy cerca. Sólo quedan dos trampas: la ametralladora y la ducha de ácido. Estoy seguro de que Heldon es lo suficientemente listo como para salvarlas, haciendo lo mismo que ha hecho con las otras, esto es, desactivarlas.

Como sabes muy bien, cuando una trampa funciona una vez, ya no puede causar daño a nadie.

Heldon oyó aquellas palabras y pasó las yemas de los dedos por la ranura de la puerta. Así pues, el bloqueo de la cerradura había resultado inútil. Pero las precauciones nunca estaban de más, se dijo.

—Sí, eso tengo entendido —respondió Orkny.

—Entonces, el camino por el laberinto quedará exento de riesgos y el patrón podrá llegar al sitio que desea desde hace tanto tiempo. Pero nosotros llegaremos antes.

—¿De veras?

Hubo una pausa de silencio, de menos de cinco segundos. La voz de Jairt volvió a sonar muy pronto:

—Son ahora las diez de la noche. Heldon y la chica estarán en alguna parte, descansando, y no continuarán sino hasta que se haga de día, como hicieron ayer. Cuando lleguen al final del laberinto, se llevarán una bonita sorpresa..., pero nosotros habremos llegado antes, ¿comprendes? Antes que el patrón, quiero decir.

A Heldon le pareció que Orkny soltaba una risita.

—Y si lo conseguimos, señor Jairt...

—Orkny, llámame Pikkus —dijo Jairt con aparente bonachonería —. Bueno, si lo conseguimos, cosa de la que no dudo en absoluto, levantaremos el vuelo antes de que el jefe y los demás se den cuenta de lo que ha pasado. Recuerda; hay un buen bote en el embarcadero, con combustible suficiente para doscientas millas. La costa de Florida está mucho más cerca.

—Es cierto, Pikkus. Oye, si te parece bien, ahora, cuando regresemos, revisaré el bote, para tenerlo a punto cuando tú me digas.

—El patrón no madrugará, puedes estar seguro de ello. Si yo tuviera que conseguir lo que él está deseando desde hace tiempo, me levantaría de la cama antes de la salida del sol. Pero él no vendrá aquí hasta las once de la mañana, por lo menos. —El tono de Jairt era ahora claramente despectivo—. Es un sujeto verdaderamente repugnante y no me extraña que sus asuntos vayan de tan mala manera. Cree que los billetes crecen en los árboles y... Bueno, será mejor que no hablemos más del asunto. Ahora volveremos y diremos que no hemos visto rastro de la pareja ni de Tyler. A las cinco en punto estarás preparado y vendremos al final del laberinto. ¿Entendido?

—Sí, Pikkus. Una pregunta, por favor. Heldon y la chica están escondidos por alguna parte. ¿Qué hacemos si los vemos más tarde?

Heldon oyó un par de palmadas y muy pronto supo que una mano había golpeado significativamente la culata de una pistola.

—Acabaremos con ellos hayan o no concluido el recorrido —contestó Jairt con acento lleno de perversidad.

*

Transcurrieron unos minutos. Heldon, al fin, se atrevió a abrir un poco la puerta. Un chorro de aire fresco renovó la ya cargada atmósfera del cubículo.

—¿Ha pasado el peligro? —preguntó June en voz muy baja.

—Según lo mires —respondió él—. El peligro inmediato, sí, desde luego; pero si nos referimos a un plazo algo más largo, todavía nos quedan bastantes riesgos.

—He oído voces, pero no pude entender por completo lo que hablaban esos dos hombres, Kirby.

—Yo, sí, no me he perdido una sola sílaba. Eran el jefe de vigilantes y un subordinado de toda confianza. Han estado conspirando, eso está bien claro. No conozco por completo los motivos, pero se referían, sin duda, a algo que su patrón vendrá a buscar por la mañana, hacia el mediodía, si, como dicen, se levanta a las once.

—¿Qué es lo que ha de buscar Farrington?

—No tengo la menor idea, aunque ahora ya empiezo a comprender por qué nos forzaron a la travesía del laberinto, con el señuelo de los cien mil dólares.

—¿De veras, Kirby?

—La trampa no funciona por segunda vez, después de que ha sido activada. Y nosotros las hemos activado de una forma u otra, con cinco víctimas, por supuesto.

—Eso no es correcto. Las escopetas fueron dos y se dispararon con segundos de intervalo. Y la guadaña giró dos veces también.

—Bueno, son trampas con funcionamiento en dos tiempos: Pero si ahora volvieses a pasar dos veces, no habría ya peligro, porque ni las escopetas harían nuevos disparos ni la guadaña surgiría de su escondite.

—De todas formas, supongo, aún deben de quedar más trampas.

—Dos, la ametralladora y el chorro de ácido. Se lo oí a Jairt.

Helen sintió un escalofrío.

—¿Eso... queda todavía?

—Sí, y puesto que Jairt y su esbirro van a venir al amanecer, nosotros no podemos permitirnos el lujo de perder un segundo en llegar al final del laberinto. Aunque nos pasemos en vela el resto de la noche, June.

—Tienes una cuerda y un gancho... Podríamos ir por el borde del muro...

—No, sólo la usaremos en caso extremo. Hay más vigilantes en la casa y no me gustaría que nos disparasen unas cuantas ráfagas de ametralladora. Procuraremos desactivar las trampas que quedan, sin riesgo para nuestra integridad física. Y debemos hacerlo, aunque no

nos guste.

—¿Por qué, Kirby?

—Jairt y el otro nos matarán en cuanto nos vean. Lo ha dicho Jairt bien claramente.

Ella se quedó helada.

—Pero eso es… quebrantar las normas de este juego…

—Las únicas normas que sigue Jairt son las que pueden beneficiarle. Llegarán al final del laberinto, buscando no sé qué, y luego abandonarán la isla en un bote que hay en el embarcadero, dejando a Farrington con dos palmos de narices.

June movió la cabeza.

—Tenemos que completar el recorrido, no hay otra solución —admitió al cabo—. Lo difícil va a ser eludir las dos trampas que nos quedan.

Heldon reflexionó unos instantes. Luego, de pronto, arrastró el cadáver de Tyler fuera del cubículo.

—Es verdaderamente lamentable y no me gusta lo que voy a hacer, pero los vivos debemos pensar… en seguir con vida. Recoge todo, June; nos vamos inmediatamente —dijo Heldon con acento perentorio.

June vio que el joven se cargaba a la espalda el cadáver de Tyler y se estremeció, pero, al mismo tiempo, se dijo que era una solución brutalmente lógica.

«No podemos hacer otra cosa», pensó.

*

Heldon se detuvo junto al lugar sospechoso y miró a su alrededor. Ya tenían los ojos habituados a la escasa claridad de la luna y veían casi tan bien como si fuese de día.

—June, retrocede, tiéndete en el suelo y cúbrete la cabeza con los brazos y las mochilas —ordenó.

Ella obedeció. Heldon tenía ahora el cuerpo de Tyler, en pie, sostenido por el cuello.

De pronto, lo arrojó hacia adelante y, al mismo tiempo, girando velozmente, se lanzó al suelo.

Una ametralladora tableteó ruidosamente durante unos segundos. Las balas cruzaron el callejón al nivel de la cintura de una persona y se estrellaron contra la pared opuesta, haciendo volar lascas de yeso por todas partes. Al fin, se agotó la munición y volvió el silencio.

Heldon, sin embargo, no quiso correr riesgos y repitió la operación, pero ya no hubo más disparos.

—A pesar de todo, cruzaremos este tramo arrastrándonos —dijo.

Alrededor de las tres y media de la madrugada, Heldon provocó

una lluvia de ácido, que caía desde dos puntos opuestos de los tramos, coincidiendo en el centro del callejón, en cuyo suelo se había abierto un desagüe. Media hora más tarde cruzaron al otro lado sin riesgos.

—Bueno —suspiró él—, por lo que yo sé, estamos ya muy cerca del final del laberinto.

—¿Tendremos que presentar alguna prueba de que hemos realizado la travesía por completo? —preguntó June.

—No lo sé, ni me importa—. Heldon se dio una palmada en la cintura—. Aquí tengo una pistola, en el embarcadero hay un bote y pienso utilizarlo sea como fuere. Farrington puede quedarse con su maldito dinero, pero de una cosa puedes estar segura: no me voy a dejar matar como un corderino. Y si salgo de esta condenada isla, como espero, Farrington no me verá más el pelo en los días de su vida.

Heldon se volvió hacia la muchacha y sonrió.

—Creo que he hablado en nombre de los dos —concluyó.

—Sí —repuso ella—. Pienso exactamente igual que tú, Kirby.

Heldon agarró el brazo de la muchacha.

—Sigamos, ya no puede quedar mucho camino por recorrer.

Unos minutos más tarde, al doblar un recodo en ángulo recto, se encontraron en un callejón sin salida. Desde la entrada, a unos veinte pasos, divisaron un rectángulo blanco que destacaba claramente contra el fondo más oscuro del muro.

Heldon se acercó lentamente y pudo ver que el rectángulo blanco era un cartel, con una inscripción hecha en caracteres de gran tamaño:

ESTE ES EL FINAL DEL LABERINTO,
PERO NO TIENE SALIDA

CAPITULO XI

Durante unos segundos, Heldon permaneció frente al cartel, silencioso, con la boca abierta en un estúpido gesto de asombro. A su lado, June ofrecía una expresión semejante.

De repente, June se sentó en el suelo y rompió a llorar amargamente.

—No hay derecho... —gimió—. Se han burlado de nosotros, han estado divirtiéndose a costa nuestra, con los peligros que pasábamos, disfrutando con las muertes causadas por las trampas... y ahora que llegamos al final se ríen de nosotros desvergonzadamente...

Heldon continuaba en la misma postura, erguido, rígido, pero abriendo y cerrando los puños convulsivamente, como si no oyera las amargas lamentaciones de la muchacha. Pero, de pronto, reaccionó y se sentó junto a ella.

—June —dijo.

Ella le rechazó violentamente.

---No, no me digas nada..., no me dirijas siquiera la palabra... Soy una derrotada, una fracasada... como tú... Quisiera estar muerta...

Heldon se dio cuenta de que June estaba de nuevo bajo una crisis de nervios y, agarrándola por los brazos, la sacudió con fuerza.

—Tienes que escucharme —dijo perentoriamente—. No se ha perdido nada todavía; aún tenemos no sólo una forma de escapar, sino también la posibilidad de darles una bonita sorpresa. Te aseguro que no se esperan en absoluto lo que va a suceder.

June hizo un esfuerzo por contenerse y le miró con escepticismo.

—No hay nada que podamos hacer, Kirby —respondió—. Se han burlado de nosotros miserablemente y ahora quieren que desandemos el camino. Dicen que no hay más trampas, pero después de lo que acabamos de ver, no es posible creerlo. Tal vez haya otras trampas, que se activarán al recorrer el camino de regreso...

—No haremos el camino de regreso, al menos, por el interior del laberinto —aseguró él.

—Está bien. —June inspiró con fuerza—. Explícate, por favor.

—Bueno, ahora mismo lo vas a ver.

Heldon se sentó en el suelo y se desciñó el cinturón. June apreció entonces que era bastante ancho y más grueso de lo normal.

—Verás, cuando esos tipos me secuestraron, yo me disponía a tomar un pequeño desquite de Farrington —explicó—. Ahora me doy cuenta de que lo que pensaba hacer no era correcto. Pero sentía vivos deseos de desquitarme con algo más que un puñetazo en la boca.

—¿Qué pensabas hacer, Kirby? —preguntó ella sumamente intrigada.

—Se hubiera llevado un buen susto... En fin, no lo pude hacer y, en cierto modo, me alegro. Pero los secuestradores no me registraron con minuciosidad; simplemente se limitaron a comprobar que no llevaba un arma de fuego. Y, como es de suponer, no encontraron nada sospechoso en mi cinturón.

—¿Qué tiene de particular tu cinturón, Kirby?

—Ahora lo verás —sonrió Heldon.

Enormemente asombrada, June vio que el joven despegaba la tira de cuero que formaba la cubierta delantera del cinturón. Una sustancia amarillo grisácea, de unos seis centímetros de ancho por medio de grueso, quedó al descubierto, una vez retirada la capa protectora.

Con eran cuidado, Heldon despegó la tira de aquella sustancia, doblándola luego sobre sí misma, hasta formar un pequeño paquete de unos diez centímetros de largo por cinco de grueso. Al terminar, lo hizo saltar en la mano.

—Doscientos gramos de explosivo —dijo.

June se separó de él, como si hubiese visto un áspid a punto de atacarla.

—Kirby, estás loco...

—No —contestó él sin inmutarse—. Iba a entrar en sus oficinas y ponerle la bomba en la mesa, Naturalmente, cuando no hubiese nadie. ¿Sabes por qué quería volar su mesa de trabajo?

—No, dímelo, por favor.

—Farrington heredó de su padre unos cuantos bosques madereros. Se sentía muy orgulloso de aquella mesa, construida con sus propias manos, cuando todavía era un joven emprendedor y amable y cortés con todo el mundo. Puedes decir que era una venganza ruin y miserable con los que él creía que le habían causado algún daño?

—Lo que pretendías hacer era algo completamente infantil, una rabieta de niño, Kirby —le reprochó ella.

—Siempre hubiera sido mejor que pegarle un tiro.

—Desde luego —admitió ella—. Bien, ahora, sólo falta la mecha y...

—La mecha no es necesaria.

Heldon se llevó la mano izquierda a la camisa y desprendió del bolsillo superior lo que parecía una pluma estilográfica. Quitó el capuchón y fijó la vista en la muchacha.

—Es una espoleta de tiempo —dijo—. El plazo máximo es de un minuto, así que tendrás que retirarte a unos cien metros de distancia, por precaución...

June tenía la boca abierta y los ojos clavados en aquel tubo, que estaba rematado por un disco estriado, de apenas dos milímetros más de diámetro, muy parecido a la rueda de dar cuerda a un reloj

antiguo. Debajo, en caracteres muy pequeños, había unos números, situados sobre unas rayitas apenas visibles a ojo desnudo.

—¿Tienes ahí las indicaciones de los últimos tramos? —preguntó Heldon.

—Sí, desde luego —reaccionó ella. Sacó las cuartillas y las examinó rápidamente—: veinte pasos izquierda, en el próximo tramo, cuarenta el siguiente y treinta el tercero.

—Será suficiente. Además, tenemos el hilo y la marca que trazamos con el yeso. Espérame allí, ¿quieres?

—Kirby, ¿no habrá peligro para..., para nosotros?

Heldon sonrió.

—No, en absoluto, aunque Pikkus, sus secuaces y, por supuesto, el jefe, se van a llevar una gran sorpresa. Anda, vete —ordenó—. Contaré hasta cincuenta y luego pondré en marcha la espoleta.

El tubo había sido introducido ya en la blanda masa de explosivo plástico. June dio media vuelta y echó a correr, mientras el joven contaba mentalmente la cifra señalada.

Al llegar a cincuenta, puso la señal de tiempo en el minuto. Dejó el explosivo al pie del cartel y echó a correr. Antes de treinta segundos, ya estaba junto a la muchacha, a la que dirigió una sonrisa, para darle ánimos.

—No hay peligro, aunque, por precaución, nos tenderemos en el suelo —dijo.

Con la vista fija en su reloj contó el tiempo. Cuando faltaban varios segundos, siguió la cuenta a media voz. June tenía todos los nervios en tensión. Oyó la palabra «cero» de labios del joven y, en el acto, se produjo la explosión.

*

El estampido resultó muy fuerte y quebrantó fragorosamente el silencio de la madrugada. Heldon levantó la vista y pudo distinguir una nube de humo que se elevaba perezosamente en la atmósfera.

—Vamos, June, no perdamos ya más tiempo —dijo.

Agarró la mano de la joven y echaron a correr. Cuando llegaron al final del laberinto, Heldon estuvo a punto de lanzar un aullido de alegría.

La violencia de la explosión había abierto en la base del muro un boquete de casi dos metros. El agujero del otro lado era algo menor, pero ya no había inconveniente para que pudieran atravesar sin dificultad el último obstáculo.

—Si no lo viera, no lo creería —dijo ella—, Kirby, ¿qué vamos a hacer ahora?

—Todavía es de noche. Con un poco de suerte podemos llegar al

embarcadero y escapar de esta maldita isla.

—Sí, es lo mejor que podemos hacer. El muro parecía un obstáculo insalvable...

—Su solidez era sólo apariencia. Si te fijas bien, verás que por dentro es un simple decorado, algo más consistente que los que se realizan en los estudios de cine, pero, a fin de cuentas, pura fachada. Anda, vámonos ya.

Heldon se agachó y cruzó el muro, cuya anchura pudo apreciar era de unos setenta centímetros. En aquel lugar, el armazón de hierro que era el esqueleto aparecía destrozado y se veían numerosos trozos de metal retorcidos por la explosión.

Una racha de viento les dio de pronto en el rostro y percibieron el olor a mar y algas. Al otro lado del muro había una explanada, terminada en un acantilado, cuyo borde quedaba a unos quince o veinte metros sobre las aguas del océano.

Abundaban los árboles de tipo tropical, especialmente palmeras. Con las manos juntas, se acercaron a la zona donde la vegetación era más espesa.

—Contornearemos la isla —dijo Heldon—. El embarcadero no puede estar muy lejos de la casa.

—Hay vigilantes —le recordó ella.

—Ahora tengo una pistola. Además, la ventaja de la sorpresa es nuestra. Antes, Pikkus y sus esbirros sabían que debíamos estar en el interior del laberinto. Ahora, en cambio, ignoran por completo dónde nos encontramos.

Caminaron un centenar de metros, con el muro exterior del laberinto siempre a la vista. De repente, oyeron voces.

—Ya los tenemos —susurró June.

Heldon se agachó tras unos arbustos y ella le imitó. Por encima del muro se divisaban tres o cuatro siluetas de otros tantos vigilantes.

Bruscamente, sonó un grito:

—¡Aquí, Pikkus; en el final del laberinto!

Uno de los hombres corrió velozmente.

—Dame la escalera de cuerda —pidió a grandes voces.

—Ya han encontrado el agujero en el muro —murmuró Heldon—, De momento están muy entretenidos tratando de averiguar qué ha pasado. Nosotros procuraremos escapar antes de que sepan dónde estamos.

De nuevo echaron a correr, aprovechando no sólo la oscuridad de la noche, sino también los arbustos y matorrales que crecían en las inmediaciones del laberinto. Repentinamente, se oyó un agudo grito:

—¡Orkny, seguramente irán al embarcadero! ¡Adelántate a ellos y no les permitas que escapen!

Heldon oyó la orden de Jairt y lanzó una obscena maldición.

—¡Qué lenguaje! —se asombró June.

—Perdona, pero no he podido contenerme…

Por encima del muro, un hombre corría desalado. Heldon procuró situarse a su altura.

Un minuto después, tenía a la vista la casa en la que había permanecido encerrado seis semanas. Orkny llegó en aquel momento.

Frente a la casa, apoyada en el muro, había una escalera de mano. Orkny emprendió el descenso, con la cara situada frente a la pared. Cuando llegaba abajo, sintió en la base del cuello el contacto de algo duro y frío.

—Orkny, no separes las manos de la escalera o eres hombre muerto.

El sujeto se inmovilizó en el acto.

—¿Heldon?

—El mismo. Sorprendente, ¿verdad?

—Ha demostrado ser muy listo, pero no podrás salir de la isla…

—Orkny, ¿no mencionó Pikkus un bote con motor?

—De modo que nos oyó.

—Sí, y también sé qué queréis dejar al patrón con dos palmos de narices. Por lo visto, al final del laberinto hay algo que vale muchísimo. ¿Qué es, Orkny?

—Dos millones de dólares —contestó el sujeto.

Heldon se quedó estupefacto un segundo. Orkny se movió un poco y él acentuó la presión de su pistola.

—Dos millones…

Heldon pensaba con gran rapidez. De pronto, hizo un gesto con la mano libre.

—June, trae cuerda —ordenó—. Vamos a atar a este tipo, para evitar que dé la alarma antes de tiempo. Le taparemos también la boca…

—Kirby, ¿no sería mejor que nos lo llevásemos como rehén? —sugirió la muchacha.

—No —contestó él—. Por la sencilla razón de que después iremos a la casa y hablaremos con el patrón.

—Yo no tengo ganas de hablar con Farrington —protestó la muchacha.

—June, Farrington no es el jefe —aseguró Heldon sorprendentemente.

CAPITULO XII

Orkny, atado y amordazado, quedó oculto detrás de unos arbustos. Inmediatamente, Heldon y la muchacha se dirigieron a la casa, procurando llegar por una ruta que les hiciera invisibles hasta el último momento.

Por fin, alcanzaron una de las esquinas del edificio. Heldon se disponía a seguir, para llegar a la entrada, cuando, de pronto, vio aparecer a un individuo, que tenía en la mano una radio portátil.

—Pikkus, ¿qué hay de nuevo?

—Lo siento, patrón —contestó Jairt—. No sé de dónde sacaron el explosivo, pero lo cierto es que consiguieron huir. Pero no se preocupe; andarán por la isla y acabaremos por encontrarles. La huida por el embarcadero está cortada; ya tengo a un hombre allí, esperándoles.

—Muy bien, sigan buscando a fondo. Informe en cuanto sepa algo.

—Sí, señor.

El hombre volvió a entrar en la casa. June se sentía pasmada.

—Es el jefe..., pero no es Farrington —dijo.

—Así es —convino él—. Y lo malo es que no lo he adivinado, sino hasta el último momento. Si lo hubiera sabido antes... Claro que tampoco nos habría servido de mucho, aunque esto nos hace comprender muchas cosas.

—Kirby, ¿cómo has llegado a saber que Farrington no era el jefe?

—Es bien sencillo. Jairt y Orkny hablaron mucho, mientras estábamos escondidos en el cubículo. Fue entonces cuando Jairt mencionó la posibilidad de llevarse algo de gran valor; ahora ya sabemos que se trata de dos millones de dólares. También dijo que tendrían tiempo de sobra, porque el jefe no se levantaba nunca antes de las once de la mañana.

—Sí, lo recuerdo —dijo ella.

—Bien, a Farrington se le pueden achacar muchas cosas y, si quieres, ninguna buena, pero nunca se le podrá acusar de perezoso. En invierno, en verano, haga el tiempo que haga, e incluso en domingo, cuando debería descansar, a las seis de la mañana ya está en pie. ¿Lo entiendes ahora?

—Perfectamente, Kirby. Luego el jefe es...

—Fargo Melton, el yerno de Farrington.

—¿Y él? Me refiero al viejo. ¿Dónde puede estar?

—¿Te parece bien que se lo preguntemos a Melton? Cuando salgamos de Silva Key, me gustaría hablar con Farrington, a ver qué opinión tiene de todo lo que ha sucedido en la isla.

June sonrió.

—Melton se va a llevar una bonita sorpresa —dijo.

—Además, él sí nos puede servir de rehén, mucho mejor que un simple vigilante. En el peor de los casos, tengo una idea que nos ayudará mucho, si nos vemos muy apurados. Anda, vamos a disfrutar un poco viendo la cara que pone Melton cuando nos tenga frente a él.

*

Fargo Melton estaba en pie, junto a una mesa, de espaldas a la puerta, sirviéndose una taza de café. Encima de la mesa junto a la cual se hallaba, se veía un revólver de cañón corto.

Una mano se apoderó del revólver. Melton lo vio, pero ya era tarde y giró en redondo, justo a tiempo de enfrentarse con el hombre que le había arrebatado el arma.

—¡Heldon! —gritó.

—Aquí me tienes, Fargo —sonrió el joven—. June, ¿qué te dije? ¿Ves la cara de este tipo?

—Es todo un poema —rió la muchacha—. Merecía la pena entrar aquí, en efecto.

—¿Qué diablos quieren? —masculló el otro—. ¿Qué me van a hacer?

Heldon levantó el revólver.

—Debería volarte los sesos, maldito hijo de perra —le apostrofó—. Pero no soy de tu calaña y sólo quiero que nos acompañes como rehén hasta el embarcadero, para tener la segundad de que no nos van a causar el menor daño.

Melton parecía aturdido, incapaz de coordinar sus ideas.

—Kirby, no dispares... Te explicaré por qué hice esto... Te compensaré por todo lo que has pasado... También a la señorita Saws...

—¡Miserable! —dijo ella—. ¿Cree que puede comprar nuestro silencio con un puñado de billetes? La policía tiene que saber lo que ha pasado aquí...

—Calma, June —aconsejó Heldon—. Dime, Fargo, ¿de dónde proceden los dos millones que están en alguna parte, al final del laberinto?

Melton respingó.

—¿Cómo lo sabes? —exclamó.

—Alguno de tus pistoleros de uniforme tiene la lengua demasiado larga —contestó Heldon sarcásticamente—. Vamos, dímelo de una vez.

—Los tenía el viejo... Nunca quiso decirme el lugar del escondite...

—Fargo, tengo la impresión de que, en los últimos tiempos, tus asuntos monetarios no han sido lo que se dice florecientes. ¿Acaso

contabas con esos dos millones para poner tu barco a flote?

—¿Qué te importa a ti? —dijo Milton crispadamente—. Es asunto mío y a nadie le importa...

—A nosotros, sí —cortó el joven con grave acento—. Las trampas que había en el camino eran para impedir que alguien se llevase el dinero y tú empleaste a ocho personas para que te desbrozaran una ruta infernal.

—¿Quieres llevarte ese dinero, Kirby? —se asombró el otro.

—No, sólo quiero saber su origen y el lugar exacto donde está. Y si no me lo dices, no verás salir el sol.

—Has llegado al final del laberinto, supongo.

—Sí.

—El dinero está allí, justo bajo el cartel, a tres metros de profundidad, envuelto en un cofre hecho de cemento.

—Oiga —intervino June—, ¿para qué quería su suegro ese dinero, cuando tiene Bancos que son prácticamente suyos?

—Aquí, en Silva Key, se pensó hace años en montar un casino. Habría atracciones, además de juego, y una de dichas atracciones sería el laberinto, con trampas inofensivas y premios para el que consiguiera atravesarlo. Farrington compró la isla a la sociedad que desistió de la idea del casino, porque no resultaría rentable, y mandó instalar las trampas mortales, a fin de proteger su dinero.

—Y tú querías conseguir ese botín y, para ello, no encontraste otra solución mejor que secuestrar a ocho personas quienes, más o menos, habían tenido fricciones con tu suegro —acusó Heldon—. De este modo, le habrían culpado de los asesinatos y habrías podido escapar con el botín.

Melton se encogió de hombros.

—Estoy arruinado y ese maldito viejo no quiere prestarme un solo centavo. ¡Debería haberle liquidado! —exclamó rabiosamente—. He vuelto a insistir y él sigue negándose rotundamente. Es el tipo más terco con el que he hablado en los días de mi vida...

Heldon oyó aquellas palabras y sospechó algo.

—Fargo, tú tienes también secuestrado a tu suegro —dijo—. ¿Dónde está?

*

Hubo un instante de silencio. Los ojos de Melton brillaron con furia demencial.

De pronto, Heldon vio un manojo de llaves sobre la mesa.

—June, toma esas llaves y empieza a registrar la casa —ordenó.

—Sí, Kirby —accedió la muchacha.

Heldon movió el revólver.

—Anda, Fargo, siéntate. Vamos a seguir hablando; todavía tienes que contarme muchas cosas. Y no creo que las trampas sean cosa de tu suegro.

Melton se vio constreñido a obedecer. El joven se dio cuenta de que había perdido el ánimo por completo.

—Tú hiciste construir las celdas para encerrar a los secuestrados —dijo—. Seguramente, estabas de acuerdo con Jairt, ¿verdad?

Melton hico un gesto afirmativo.

—Jairt y los otros son pistoleros contratados, matones a sueldo —continuó el joven—. Tenías que estar muy desesperado para recurrir a semejantes métodos.

—Hettie ha pedido el divorcio —declaró el otro, abrumado—. Se lo concederán muy pronto…

—No te sirvió de nada casarte con la hija de un hombre rico. También Hettie, aunque no tiene nada de santa, ha acabado por darse cuenta de la clase de tipo que eres. Créeme, Fargo; después de lo que hemos pasado; después de haber visto morir a un montón de gente, en especial a seis personas inocentes, no siento la menor lástima hacia ti. Perder esos dos millones es un castigo demasiado leve para lo que has hecho…

El joven se interrumpió. June llegaba en aquel momento, acompañando a un hombre de cincuenta y tantos años, que parecía sentirse un tanto débil.

—¿Qué tal, señor Farrington? — sonrió el joven.

Los ojos del aludido chispearon.

—Kirby Heldon —dijo—. Esta chica me ha contado algo de lo que está pasando. Les aseguro que no he tenido nada que ver con las fechorías del que será muy pronto mi ex yerno.

—Sí, este buen chico quiso divertirse un poco a costa de unos cuantos infelices con los cuales usted, creo, tuvo roces en el pasado.

—No fueron asuntos de importancia —respondió Farrington.

—Mi caso, sí —protestó June—. Usted me acusaba de la muerte de su hijo y yo era completamente inocente.

—Estaba obcecado en aquellos momentos —se justificó el financiero—. Lo siento, muchacha; daría algo bueno por conseguir que olvidases lo ocurrido.

June titubeó.

—Bien…, si usted lo olvida…, yo ya no me acuerdo —sonrió.

Heldon hizo un gesto de aprobación. June obraba perfectamente, se dijo.

—Una pregunta, señor Farrington —exclamó el joven de pronto—. ¿Para qué tenía usted dos millones de dólares escondidos en esta isla?

El rostro de Farrington expresó claramente la sorpresa que le producían aquellas palabras.

—¿Dos millones? —dijo.
—Sí, están escondidos en la isla...
—Oh, no, en absoluto. Aquí jamás he guardado dinero. —Farrington volvió la cabeza hacia su asombrado yerno—. Un día, en broma, se me ocurrió decirle que había escondido aquí dos millones, por si un día las cosas venían mal dadas... Sí, él ha estado intentando sonsacarme el escondite del dinero, pero, repito, no hay más billetes que los que cada cual pueda tener en sus bolsillos.
Heldon soltó una risita.
—Y yo que había tenido la idea de indicarles el escondite del dinero a los vigilantes, para que nos dejaran en paz, si venían a atacarnos...
En los ojos de Melton apareció de pronto un brillo demencial.
—De modo que nunca existió ese dinero —exclamó—. Maldito viejo, ¿por qué tuvo que engañarme de esa forma?
Heldon se colocó delante de Farrington, con el revólver en la mano, a fin de prevenir un posible ataque por parte del otro.
—Fargo, estás derrotado por completo —dijo—. Jairt y los otros vendrán en seguida y tendrás que darles muchas explicaciones, porque ellos creen que hay en Silva Key un enorme botín. ¿Te imaginas lo que harán, cuando sepan que te han estado ayudando a matar a la gente... por nada?
Melton tenía la boca abierta estúpidamente, como si su mente se negase a admitir la realidad de los hechos. Inesperadamente, se puso en pie y echó a correr hacia la puerta.
—¡No les dejaré que me maten! —gritó, enloquecido.
Heldon, sorprendido, no pudo evitar la fuga de Melton. Le repugnaba disparar por la espalda contra aquel sujeto, aunque se imaginaba sus intenciones sin dificultad.
En cuatro zancadas, Melton alcanzó la puerta y salió al exterior. En el mismo instante, se oyó el tableteo de una ametralladora.
Melton lanzó un agudo alarido y se llevó las manos al pecho. Fuera sonó un estentóreo grito:
—¡ Estúpido! ¡Te has cargado al patrón!
Heldon corrió hacia una de las ventanas y miró al exterior. A veinte pasos de la casa, se divisaban tres hombres, todos ellos armados.
Uno de los individuos se destacó de pronto, tras unos segundos de indecisión. Heldon supo así que era Jairt.
Apuntó con todo cuidado. Jairt lanzó un chillido después del disparo, soltó su pistola, se agarró la pierna con las dos manos y cayó al suelo.
—¡Tiren las armas! —ordenó el joven perentoriamente—, Melton ha muerto y su suegro está libre. Ya no tienen nada que hacer aquí;

no intenten agravar más su situación.

Los dos vigilantes se consultaron un instante con la mirada. Luego arrojaron sus armas y levantaron las manos.

—Bueno, esto parece que se ha acabado —dijo el joven, muy aliviado—. Señor Farrington, ¿quiere ayudarme?

—Con mucho gusto —respondió el mencionado—. ¿Qué debo hacer?

Heldon le entregó uno de los revólveres.

—Vigile a esos dos tipos, por favor.

—Claro, muchacho.

Heldon salió fuera y se arrodilló junto al cuerpo de Melton. El sujeto ya no se movía.

En el rostro de Jairt había una expresión de sufrimiento indescriptible. Heldon le dirigió una severa mirada.

—Tiene muchas cosas en su contra —dijo—. No lo pasará bien, se lo aseguro.

—¡Kirby! —llamó Farrington en aquel instante—. En esta casa hay una emisora de radio. Creo que deberíamos avisar a la policía.

—Buena idea —aprobó el joven.

*

—No sé qué decirles a ambos —habló Farrington, al acabar el día, cuando ya Silvia Key había quedado despejada de policías—. Debo admitir que me porté irrazonablemente con los dos, cosa impropia en un hombre de mi edad y experiencia. Pero hasta el más sensato, a veces, pierde los estribos y...

—Nosotros ya no le haremos ningún reproche —dijo Heldon—. June y yo nos damos por satisfechos con seguir vivos. ¿No es así, hermosa?

La muchacha asintió sonriendo.

—Vivir es algo maravilloso, sobre todo, después de haber visto la muerte tantas veces de cerca.

—Ustedes son jóvenes. Sabrán sobreponerse —aseguró Farrington —. Y, de todos modos, haré algo para compensar mi comportamiento pasado. Kirby, ¿te gustaría hacerte cargo de la empresa que dirigía Fargo?

—Bueno, señor Farrington, yo... Verá...

—La señorita Saws querrá también un empleo en mis oficinas. Puedo ofrecerle un buen puesto, June.

Heldon hizo un gesto con la mano.

—Señor Farrington, si no le importa, me gustaría discutir estas ofertas en privado con la señorita Saws.

—Oh, sí, claro, por supuesto —accedió el financiero.

Heldon agarró a la muchacha por una mano y tiró de ella hacia la explanada.

—June, ¿qué te parece? —consultó.

—Es una buena oferta, sobre todo, para ti —respondió la muchacha.

—Será un puesto importante de responsabilidad, pero eso no me asusta en absoluto. El punto principal que debemos discutir, sin embargo, es el siguiente: ¿Debe trabajar una mujer casada?

—No lo sé. Yo soy soltera.

—Puedes dejar de serlo, June.

Los ojos de la muchacha chispearon.

—¿Habrá bastante con tu sueldo para mantener la casa?

—Por supuesto. Pero si quieres trabajar, no me opondré...

—Eso ya llegará más adelante, Kirby. De momento, prefiero convertirme en ama de casa. Es una profesión que me gusta mucho.

Heldon sonrió y pasó un brazo por la cintura. Luego la empujó suavemente hacia el edificio.

Farrington aguardaba en el salón y miró a los dos jóvenes expectantemente.

—Acepto su proposición, señor —dijo el joven—, Pero ella ya tiene otro empleo.

Farrington sonrió.

—Me lo imagino. Felicidades a los dos —contestó.

FIN